

HISTORIA DE LA CREACION

SEGUN CUVIER Y AGASSIZ.

La más capital cuestión que importa dilucidar en el conjunto de las opiniones que los naturalistas profesan sobre el origen de los organismos, sea por creación ó por evolución, es la interpretación que debe darse á la palabra *especie*. Creen los unos, con Lineo, que las distintas especies son formas creadas aisladamente, é independientes unas de otras; y opinan los restantes, como Darwin, que todas ellas tienen algun parentesco. Si se acepta la opinion de Lineo, expuesta en la leccion anterior, y segun la cual las diferentes especies orgánicas han nacido con entera independencia, sin tener entre sí relacion alguna, es forzoso suponer que han sido creadas individualmente, que cada individuo organizado es el resultado de un acto creador especial,—lo que un naturalista admitirá difícilmente,—ó bien que todos los individuos de una misma especie proceden de un sólo antepasado ó de un sólo par de antepasados, no teniendo, además, el origen de estos últimos, nada de natural, puesto que deben su existencia á la voluntad soberana de un creador. Pensando así, abandonamos el sólido terreno del estudio razonado de la naturaleza, para penetrar en el dominio mitológico de los milagros y de la fe.

Si, por el contrario, atribuimos con Darwin, á un parentesco real la analogía morfológica de las diferentes especies animales y vegetales, preciso es considerarlas entónces como la posteridad modificada de una sola forma, ó de un pequeño número de formas anteriores escesivamente sencillas. En ese caso, la sistematización natural de los organismos, esto es, su disposición en un tronco cuyas ramas estarían formadas por las clases, órdenes, familias, géneros y especies, se convertiría en un verdadero árbol genealógico, cuya raíz estaría constituida por las antiguas primitivas formas, desde mucho tiempo extinguidas, de que acabamos de ocuparnos. Todo el

que haya adquirido, de los organismos, una idea verdaderamente lógica y conforme con las leyes naturales, no podrá considerar aquellas primitivas y extremadamente sencillas formas, como el resultado de un acto creador sobrenatural, ni podrá ver en ellas más que un hecho de la generación primitiva (*archigonia* ó *generatio spontánea*). La opinion de Darwin sobre la naturaleza de la especie nos lleva, por tanto, á la teoría de la evolución natural, mientras que la de Lineo nos conduce, por el contrario, á una idea dogmática de creación sobrenatural.

Como los inmensos servicios prestados por Lineo á la historia natural taxonómica y descriptiva le han hecho adquirir una autoridad tan grande, la mayor parte de los naturalistas siguen sus huellas, y, sin cuidarse del origen de los seres orgánicos, admiten la creación aislada de cada especie en el mismo sentido que la cosmogonía mosaica. Lineo ha expresado su idea fundamental de la especie, diciendo: "Hay tantas especies como formas distintas han sido creadas en el principio." Sin que sea mi ánimo discutir á fondo el valor de la idea de especie, haré observar que en la práctica, cuando se trata de clasificar, de ordenar ó calificar las especies animales y vegetales, se cuidan muy poco los naturalistas de las formas primitivas; y en rigor no tienen motivos para preocuparse con ellas, pudiendo aplicarse con tal motivo á nuestros mejores zoólogos la observación tan oportuna del ingenioso Fritz Müller: "Del mismo modo que los pueblos cristianos tienen un catecismo de moral que todos invocan, esperando ver cómo los demás lo cumplen, pero sin practicarlo ninguno, así hay dogmas en zoología que todo el mundo proclama, desechándolos en el terreno de la práctica." (Für Darwin; p. 71). La opinion de Lineo relativa á la especie es, pues, uno de aquellos dogmas irracionales, y por la misma razón dominantes, de la cual puede decirse que es el más despótico de todos los dogmas.

Por más que la mayor parte de los naturalistas se sometan ciegamente á este dogma, no

sólo son incapaces de demostrar que todos los individuos de una misma especie descienden de una forma anterior originariamente creada, sino que, cuando tratan de clasificar y denominar las diversas especies, recurren en la práctica á la analogía de las formas, colocando en un mismo grupo á los individuos que tienen una conformación muy parecida, casi idéntica, y que se diferencian entre sí por modificaciones de forma casi insignificantes; y considerando, por el contrario, como especies distintas, á los individuos que presentan diferencias de conformación esenciales y patentes; con cuyo procedimiento se ha introducido naturalmente la más completa arbitrariedad en la clasificación sistemática, puesto que, como nunca hay paridad absoluta de forma entre los individuos de una misma especie, como cada una se modifica variando más ó menos, nadie puede determinar el grado de variación que caracteriza á una verdadera especie "á una especie buena" ni el que caracteriza á una variedad ó á una raza.

Este modo dogmático de entender la idea de especie, y la arbitrariedad que consigo entraña, nos llevan necesariamente á formular hipótesis insostenibles é insolubles contradicciones, como se puede observar con facilidad en las ideas emitidas por el naturalista que, después de Lineo, ha ejercido mayor influencia en los progresos de la zoología, el célebre Cuvier, (nacido en 1769) que sigue completamente á Lineo en su manera de comprender y definir la especie, participando también de la opinión de aquel naturalista sobre la creación aislada de cada una. Para Cuvier es un punto tan capital la inmutabilidad de la especie, que ha llegado á afirmar temerariamente que "la especie es una condición necesaria hasta para la existencia de la historia natural;" y como no le bastaba la explicación que Lineo había dado, trató de determinar con más precisión la idea de especie, concediéndole mayor valor para la clasificación práctica y formulando su definición del siguiente modo: "La especie es la reunión de individuos que descienden uno de otro, ó de padres comunes, y de los que se les parecen tanto como ellos se parecen entre sí."

Cuvier explicaba su definición de esta manera: "Los individuos que sabemos descienden de una sola y única forma, y cuya comunidad de origen está demostrada, no podemos dudar que

pertenecen á una misma especie, ya sean idénticos entre sí, ya difieran poco ó mucho. Del mismo modo podemos considerar que pertenecen á esta especie todos los individuos—cuya comunidad de origen está empíricamente demostrada—que no difieran más de los incluidos en ella, que éstos difieren entre sí." Si se examina con alguna detención esta definición de la especie, se verá que es insuficiente en teoría é inaplicable en la práctica, porque con ella se intema Cuvier en el laberinto sin salida en que están encerradas casi todas las definiciones de especie que se fundan en la inmutabilidad de las mismas.

El importante papel que Georges Cuvier ha desempeñado en la historia natural orgánica, el omnipotente dominio que sus teorías han ejercido en zoología durante la primera mitad del siglo actual, nos obligan á examinar explícitamente su doctrina. Esto, por otra parte, nos es tanto más conveniente, cuanto que, al combatir á Cuvier, vamos á luchar con el principal adversario de la doctrina genealógica y del concepto unitario de la naturaleza.

Entre los grandes y numerosos servicios que la ciencia debe á Cuvier, figuran en primera línea los que ha prestado como fundador de la anatomía comparada. Mientras que Lineo se había fundado, para determinar las especies, géneros, órdenes y clases, en los caracteres exteriores, en particularidades fáciles de observar, como son el número, magnitud, situación y forma de ciertas partes aisladas del cuerpo, penetrando Cuvier, con más profundidad en la organización esencial de los mismos, cimentó la ciencia y la clasificación sobre la base más sólida de otros caracteres decisivos observados en la estructura interna de los organismos; agrupó las familias naturales en clases animales, y fundó, en la anatomía comparada de estas clases, su taxonomía natural del reino animal.

En extremo importante es el progreso que la clasificación natural de Cuvier realizó sobre el artificial sistema de Lineo. Había reunido éste todo el reino animal en una serie única, dividida en seis clases, dos de invertebrados y cuatro de vertebrados, y subdividido después artificialmente estas clases, según la constitución de la sangre y la conformación del corazón. Cuvier, por el contrario, demostró que se debía dividir el reino animal en cuatro grandes grupos naturales, que son para él los tipos principales, los

cuadros generales, los puntos de partida de la clasificación zoológica. Hé aquí la lista de estas grandes agrupaciones: 1.º Animales con vértebras (*vertebrata*). 2.º Animales anillados ó articulados (*articulata*). 3.º Animales blandos (*mollusca*). 4.º Animales radiados (*radiata*). Probó también que en cada uno de esos grupos aparecía claramente un plan de estructura, especial ó típica, por medio de la cual se le podía distinguir de los tres restantes. El carácter típico de los vertebrados evidentemente consiste en la conformación del esqueleto ó armazón ósea, así como en la estructura y situación de la médula espinal, aparte de otras muchas particularidades. Los articulados están caracterizados por los abultamientos nudosos de su sistema nervioso central y por su corazón dorsal. Los moluscos se reconocen por su cuerpo desprovisto de miembros y en forma de saco. Los radiados, por último, se diferencian de los otros tres tipos principales, en la conformación de su cuerpo, que está provisto de cuatro ó más prolongaciones radiadas.

Esta distinción de los animales en cuatro tipos, que ha sido de una gran utilidad para el progreso de la zoología, se atribuye generalmente á Cuvier, á pesar de haber sido formulada independientemente y casi al mismo tiempo que él, por uno de los más ilustrados naturalistas (que todavía existe), por Von-Bær, á quien la historia del desarrollo embriológico de los animales es deudora de grandes servicios. Bær hizo saber que en el período de evolución de los animales, se debían también distinguir cuatro formas principales, cuatro tipos, que corresponden á los cuatro grupos generales establecidos por Cuvier, con arreglo á la anatomía comparada. Así se vé que la evolución individual de todos los vertebrados es tan idéntica en sus fenómenos generales, que es imposible, al principio de la vida embrionaria, diferenciar entre sí los gérmenes, los embriones de los diversos vertebrados (reptiles, aves y mamíferos), y sólo más tarde, y á medida que la evolución va progresando, aparecen gradualmente las diferencias de formas, cada vez más pronunciadas, que caracterizan á las distintas clases y órdenes. Del mismo modo se observa que la forma general del cuerpo es esencialmente la misma en los articulados (insectos, arañas, cangrejos, etc.), durante su evolución individual; pero distinta

de la de los vertebrados, y otro tanto se puede decir, aunque con algunas reservas, de los moluscos y radiados.

Pero, á pesar de haber llegado Bær y Cuvier, el uno por la embriología, y el otro por la anatomía comparada, á distinguir estos cuatro tipos animales, ni el uno ni el otro pudieron encontrar las verdaderas causas de sus diferencias típicas; adelanto que únicamente estaba reservado á la doctrina genealógica. Supongamos, en efecto, que todos los animales que pertenecen al mismo tipo, los vertebrados, por ejemplo, hayan tenido un origen único: nada entonces más sencillo que comprender la sorprendente y en realidad, maravillosa analogía de su íntima organización y de su estructura anatómica, así como la notable identidad de su evolución embrionaria. Si se rechaza la hipótesis establecida por la teoría de la descendencia, no hay medio de explicar la incontestable similitud de la estructura interna y del desarrollo embrionario de los diferentes vertebrados, de cuyo secreto sólo las leyes de la herencia poseen la clave.

No sólo ha prestado Cuvier, en general, inmensos servicios á la anatomía comparada y á la zoología sistemática que de ella ha surgido, sino, en particular, á la paleontología, ó ciencia de los fósiles, de la que vamos á ocuparnos, porque las ideas de Cuvier sobre la paleontología y las teorías geológicas que están íntimamente unidas á ella, han tenido una aceptación casi universal en la primera mitad de este siglo, y han sido, por decirlo así, el mayor obstáculo para los progresos de la historia natural.

Cuvier realizó, á principios del siglo, los mayores progresos conocidos en la historia científica de los fósiles, habiéndola establecido completamente en la parte que á los vertebrados se refiere. Los fósiles desempeñan uno de los más importantes papeles en la "historia de la creación natural", porque aquellos restos petrificados, aquellas impresiones de plantas y de animales que se han extinguido, son las *medallas de la creación*, los documentos auténticos é incontestables que nos permiten fundar en sólidas bases la verdadera historia de los organismos, suministrándonos preciosos datos sobre la forma y estructura de los animales y plantas que han sido los antepasados, los organismos contemporáneos, ó los representantes de ramas

animales extinguidas, que con estos organismos tuvieron una primitiva forma comun.

La ciencia ha mirado por mucho tiempo con el mayor desden estos documentos que tan gran valor tienen para la historia de la creacion. Sin embargo, más de quinientos años antes de Jesucristo, ya habia sido reconocida su verdadera naturaleza, precisamente por uno de los más notables filósofos griegos, por Xenofanes de Colofonia, fundador de la doctrina llamada eleática, que fué el primero que demostró claramente que todas las ideas referentes á los dioses personales proceden casi siempre de un grosero antropomorfismo, y el primero tambien que aventuró la opinion de que las impresiones fósiles de animales y plantas son las huellas reales de seres que han vivido en otro tiempo, habiendo estado, en otras épocas, cubiertas por las aguas las montañas en cuyas rocas aparecen aquellas impresiones. Pero por más que otros filósofos de la antigüedad y especialmente Aristóteles, hubiesen participado de aquellas ideas, dominó, sin embargo, durante la Edad Media, y aun en el siglo pasado, la opinion general de que aquellos fósiles eran juegos de la naturaleza (*lusus nature*) ó bien productos de una fuerza creadora natural desconocida, ó de un esfuerzo creador (*nisus formativus, vis plastica*).

Corrian entonces las más extrañas versiones sobre la naturaleza y la actividad de sus misteriosas fuerzas. Unos suponian que la potencia creadora, á la cual era forzoso atribuir el origen de los animales y plantas existentes, habia hecho numerosos ensayos antes de llegar á producir las formas de los seres vivos; que estos ensayos, sólo en parte habian tenido un favorable éxito, no consiguiendo muchas veces el fin preconcebido, y que los fósiles eran el resultado de aquellas tentativas abortadas. Otros afirmaban que los fósiles se debian á la influencia que las estrellas ejercian sobre las capas profundas de la tierra. Algunos, forjando con este motivo hipótesis mucho más absurdas, decian que el Creador habia modelado de antemano, en arcilla ó en yeso, las formas animales ó vegetales para vaciar despues en aquellos moldes las sustancias orgánicas que animaba con su divino soplo; y que los fósiles no eran mas que aquellos informes bosquejos inorgánicos. Estas groseras explicaciones se aceptaban todavia en el siglo pasado, y hasta se creia en cierto soplo seminal

(*aura seminalis*) que, llevado por las aguas á la tierra, iba á fecundar las rocas, produciendo de ese modo los fósiles, esa "carne petrificada" (*caro fossilis*) como habian dado en llamarle.

Ya veis que se ha necesitado muchísimo tiempo para admitir la opinion natural y sencilla de que los fósiles no son otra cosa, que lo que á primera vista representan, esto es, restos inalterables de organismos extinguidos. Sin embargo, el célebre pintor Leonardo de Vinci ya se habia atrevido á afirmar, en el siglo xv, que la petrificacion de los restos calcáreos inalterables, como por ejemplo, las conchas de los moluscos, era debida al limo que se depositaba en el fondo de las aguas y cubria poco á poco aquellos restos; y esta misma afirmacion fué formulada en el siglo xvi por Bernardo de Pallissy, alfarero francés, notable por sus descubrimientos en el arte de esmaltar la loza. Pero los que entonces tenian patente de sabios, distaban mucho de dar asenso á tales opiniones dictadas por el sentido comun, que sólo fueron admitidas á fines del siglo pasado, despues de haber fundado Werner la geología neptuniana.

La verdadera paleontología científica data de principios de nuestro siglo, de la época en que se publicaron las clásicas investigaciones de Cuvier sobre los huesos de los vertebrados fósiles, y los trabajos de su adversario, el gran Lamarck, sobre los fósiles de los invertebrados. En la célebre obra de Cuvier que trata de los huesos fósiles de los vertebrados, en especial de los mamíferos y reptiles, aparecen ya algunas leyes importantes y generales muy preciosas para la historia de la creacion, figurando en primer lugar la proposicion que establece que las especies animales extinguidas, cuyos restos se encuentran enterrados en las diferentes capas geológicas superpuestas, difieren tanto más de las especies analógicas contemporáneas, cuanto más profundas están, es decir cuanto más antiguos son los animales á que habian pertenecido. Esta proposicion está en consonancia con los modernos descubrimientos, porque si se examina una seccion vertical de las capas geológicas que sucesivamente se han ido depositando en el fondo de las aguas, siguiendo un orden cronológico perfectamente determinado, se vé que cada una de ellas está caracterizada por los fósiles que contiene; y que, cuanto más elevada está en la escala geológica, más se acercan á los actuales

los organismos extinguidos, correspondiendo esta gradacion á la edad relativa de los períodos geológicos en que aquellos seres han vivido y dejado de existir, para ser sepultados, despues, en las capas de limo petrificado, que se iban depositando en el fondo de las aguas.

De gran importancia era, sin disputa, esta notable observacion de Cuvier; pero á pesar de todo, fué causa de un error muy grosero, puesto que, considerando á los fósiles que caracterizan á cada gran período geológico como enteramente distintos de los que están antes y despues, creyó equivocadamente Cuvier que no podia encontrarse una misma especie orgánica en dos capas superpuestas, de lo cual dedujo—y esta conclusion se consideró como una ley por la mayor parte de los naturalistas—que hubo una série de períodos de creacion sucesivos y absolutamente distintos. Suponia, pues, aquel naturalista que cada período de creacion debia tener su mundo animal y vegetal diferente de los demás, y por lo tanto, una fauna y una flora especiales; y calculó que, á partir de la aparicion de los seres orgánicos, se podia dividir toda la historia geológica en cierto número de períodos perfectamente distintos, separados entre sí por trastornos de naturaleza desconocida, por revoluciones ó catástrofes llamadas cataclismos. El resultado inmediato de cada una de aquellas revoluciones era el completo esterminio del mundo animal y vegetal á la sazón existente; y una vez terminado el cataclismo, aparecia una creacion de formas orgánicas completamente nuevas, y diferentes de la del período geológico anterior, que á su vez iban á poblar el globo por millares de años, hasta que otra revolucion las redujese á la nada, como con las precedentes habia sucedido.

Respecto á la naturaleza y causas de aquellas revoluciones, Cuvier aseguraba terminantemente que nadie podia comprenderlas, ni ménos darnos una idea de ellas las fuerzas que actualmente obran en la naturaleza. Cuatro fuerzas naturales, cuatro agentes mecánicos trabajan, segun Cuvier, lenta, pero perpétuamente, en la recomposicion de la tierra, á saber: primero, la lluvia, que al lavar la pendiente de las montañas, acumula al pié de las mismas las capas aluviales; segundo, las aguas corrientes, que acarrear este aluvion y lo convierten en el cieno que se deposita en las aguas

tranquilas; tercero, la mar, que por medio de la resaca, mina el pié de las riberas escarpadas, amontonando sus restos en las playas; y cuarto, los volcanes que rompen la corteza terrestre endurecida, haciéndola variar de posicion, y acumulan ó diseminan los productos de las erupciones. Sin negar que la superficie terrestre actual está modificándose continuamente por la accion lenta de estas cuatro poderosas causas, afirma Cuvier, al mismo tiempo, que no han podido ser bastante para realizar las pasadas revoluciones geológicas; que, por lo tanto, no pueden explicarnos la estructura total de la corteza terrestre; y que aquellos grandes y maravillosos trastornos de la superficie del globo debian ser producidos por causas especiales completamente desconocidas. Admitiendo esta opinion, forzoso es convenir en que aquellos cataclismos han interrumpido la marcha natural de la evolucion, y cambiado el modo de obrar de la naturaleza.

Estas apreciaciones, publicadas en la obra de Cuvier *Sobre las revoluciones del globo*, que se tradujo al alemán, fueron por mucho tiempo la autoridad suprema en geología, impidiendo, más que nada á establecer una verdadera historia de la creacion; porque si aquellas revoluciones han existido, imposible es pensar en un continuado desarrollo de las especies, y no nos queda más recurso que invocar el auxilio de fuerzas sobrenaturales, apelando al milagro para explicar los cataclismos que la tierra ha sufrido y la formacion de un nuevo mundo animal y vegetal al principio de cada período geológico. Pero la ciencia jamás admite el milagro, si por milagro se entiende la intervencion de fuerzas sobrenaturales en la evolucion de la naturaleza.

Así, como la gran autoridad que Lineo habia adquirido con su clasificacion y nomenclatura de las especies orgánicas, obligó á sus sucesores á admitir una idea dogmática é inmutable de la especie, abusando de la clasificacion sistemática, así los grandes servicios de que la ciencia es deudora á Cuvier, dieron por resultado la aceptacion general de su doctrina de las catástrofes y revoluciones. Como consecuencia de esto, la mayor parte de los naturalistas de la primera mitad de este siglo creyeron firmemente en la existencia de períodos independientes en la historia de la vida orgánica de la superficie de la tierra, estando caracterizado cada uno de ellos por la presencia de una deter-

minada y particular poblacion animal y vegetal, que al fin de cada período era destruida por una revolucion general, y á la cual sucedia una nueva y especial creacion de seres orgánicos. Algunos hombres capaces de pensar sin la influencia de ideas por otros expuestas, y en primer lugar el gran naturalista y filósofo Lamarck, presentaron muy pronto una série de poderosos argumentos contrarios á la teoría de los cataclismos de Cuvier, y favorables á la idea de un desarrollo continuo y no interrumpido del conjunto de los seres orgánicos terrestres, afirmando que las especies animales y vegetales de cada período descendian directamente de las del anterior y eran solamente su posteridad modificada. Pero la gran autoridad de Cuvier hizo que fuesen desechadas; observaciones tan oportunas y á pesar de haber publicado Lyell su obra *Principios de geología* en la cual se eliminaba del dominio de la geología la doctrina de los cataclismos, continuó imperando sin embargo en paleontología la hipótesis de la diferencia específica de las diversas creaciones orgánicas (Véase mi *Morfología general*, t. II, pág. 313).

Pero hace diez y siete años, en el momento en que la obra de Darwin daba el golpe de gracia á la historia de la creacion establecida por Cuvier, una extraña coincidencia hizo que otro célebre naturalista tratase de resucitar aquella doctrina haciéndola brillar con todo el posible esplendor en un sistema teleológico y teológico de la naturaleza. Me refiero al geólogo suizo Luis Agassiz, tan célebre por sus teorías sobre la edad glacial, que habia tomado de Schimper y de Charpentier. Aquel sábio, despues de haber vivido algunos años en la América del Norte, empezó, en 1858, á publicar una obra muy importante titulada: *Estudios sobre la historia natural de los Estados-Unidos de la América del Norte*, cuyo primer volumen, que circuló con profusion inusitada á pesar de su elevado precio, merced al patriotismo de los americanos, llevaba por título: *Ensayo de clasificacion*. No se limita Agassiz en este *Ensayo* á exponer la clasificacion natural de los organismos y las diversas tentativas hechas por los naturalistas para establecerla, sino que trata, en su obra, de todos los hechos de biología general referentes á este asunto, examinando, bajo el punto de vista lo más anti-darwinista posible, la historia del desarrollo de los organismos, lo mismo bajo el as-

pecto embriológico que el paleontológico, la anatomía comparada, la economía general de la naturaleza, la distribucion geográfica y topográfica de los animales y plantas, y en una palabra, casi toda la série de los fenómenos generales de la naturaleza.

El principal mérito de Darwin consiste en haber designado las causas naturales del origen de los organismos, entronizando así en esta parte tan interesante de la historia natural, el concepto mecánico ó unitario del mundo. Agassiz, por el contrario, hace grandes esfuerzos para excluir de la explicacion de estos hechos todo procedimiento mecánico, reemplazando las fuerzas naturales de la materia con la idea de un creador personal, y dando de este modo el triunfo al concepto dualista ó teleológico del universo. Conviene, por lo tanto, examinar con alguna detencion las opiniones de Agassiz, especialmente las que á la creacion se refieren, con tanta más razon, cuanto que en ninguna de las obras publicadas por nuestros adversarios, se tratan con tanta extension estas grandes y fundamentales cuestiones, ni en ninguna se puede ver con tanta claridad lo insostenible que es el concepto dualista del mundo.

Os he dicho, en esta y en otra leccion, que el punto capital debatido por las escuelas rivales es el diferente modo de comprender la idea de la especie; pues bien, Agassiz considera la especie lo mismo que Cuvier y Lineo, es decir, como una forma orgánica inmutable en sus caracteres esenciales, admitiendo que pueden variar las especies, pero dentro de estrechos límites y sólo en particularidades que no afectan á su esencia. Sostiene además, que una especie nueva no puede proceder de formas modificadas ó de variedades, que ninguna especie orgánica desciende de otra, que todas han sido creadas aisladamente por Dios; y que cada una es, segun la propia expresion de aquel naturalista, un pensamiento creador, encarnado, de la divinidad.

Si hay alguna proposicion sólidamente comprobada por la observacion de los fenómenos paleontológicos, lo es, sin disputa, la que establece que es muy desigual la duracion de las diversas especies orgánicas, y que algunas permanecen invariables á través de muchos períodos geológicos consecutivos, mientras que otras duran sólo una pequeña porcion de aquellos. Poniéndose en abierta contradiccion con esta

proposición, afirma Agassiz, que jamás se encuentra una misma especie en dos períodos distintos, y que cada período está caracterizado por un mundo animal y vegetal particular que exclusivamente le pertenece. Pretende, además, con Cuvier, que cada gran revolución geológica de las que siempre tuvieron lugar entre dos períodos, destruyó por completo el mundo orgánico, á la sazón existente, sucediendo á este exterminio una nueva y diferente creación de seres. Según Agassiz, el Creador ha dispuesto las cosas de tal manera, que en el acto de cada creación aparecieron súbitamente los nuevos organismos, representados por conveniente número de individuos y por especies que habían sufrido las variaciones necesarias para hallarse en armonía con los cambios realizados en la economía de la naturaleza. Pero, al establecer estos asertos, se pone en oposición con una de las más importantes y mejor fundadas leyes de la geografía animal y vegetal: con la ley que fija á cada especie un punto particular de origen, que es lo que se ha llamado su centro de creación, desde el cual se va distribuyendo poco á poco por la superficie terrestre; y digo que se pone en oposición con esta ley, porque precisamente pretende aquel naturalista que cada especie ha sido creada simultáneamente en diferentes puntos de la tierra, y que está, por lo tanto, representada por un número muy grande de individuos.

La sistematización natural de los organismos; todos los grupos que gradualmente están subordinados entre sí; los tipos, clases, órdenes, familias, géneros y especies que la doctrina genealógica nos enseña á considerar como ramas distintas de un antiguo trono común, serian, según Agassiz, la expresión inmediata del plan del Creador, puesto que, al estudiar la creación, siempre se encuentra el naturalista frente á frente con la idea divina, y esto constituye para él una prueba irrefutable de que el hombre es, sin disputa, la imagen y el hijo predilecto de Dios.

En el concepto de Agassiz, las diversas categorías graduadas de la clasificación natural responden á los diversos grados de perfección sucesivamente obtenidos al realizar el plan divino, para cuya concepción y realización partió el Creador de las ideas más generales, que fué cada vez particularizando más. Así, por ejemplo, en lo concerniente al reino animal, tuvo Dios,

desde el momento que se propuso crearlo, cuatro ideas principales y distintas respecto á la forma que había de dar al cuerpo de los diferentes animales, cuyas ideas las encarnó en los cuatro grandes tipos del reino animal, formando los cuatro grandes grupos de vertebrados, articulados, moluscos y radiados. Pero después, preguntándose el Creador cómo podría dar alguna variedad á estos cuatro tipos, llegó á crear, sin salir de las cuatro formas principales, otras secundarias, añadiendo al grupo de los vertebrados, por ejemplo, las clases de los mamíferos, aves, reptiles, anfibios y peces. Más tarde, meditando Dios con más profundidad en la forma de cada una de estas clases, las hizo sufrir distintas y graduadas variaciones de estructura, creando así los órdenes; variando después las formas ordinales, obtuvo las familias naturales; modificando luego las últimas particularidades de estructura de las diferentes partes del cuerpo de cada familia, produjo los géneros; y, por último, haciendo el más esmerado trabajo, lanzó al mundo las especies. Todas estas son, como veis, encarnaciones muy especiales del pensamiento del Creador. ¡Lástima que concepciones tan grandes y con tanta profundidad meditadas, hayan sido expresadas en formas tan vagas y oscuras, que se les haya dado caracteres tan confusos y concedido tal latitud de variabilidad, que ningun naturalista es capaz de distinguir las especies "buenas" de las "malas", las "verdaderas" de las "falsas" de las variedades ó de las razas. (Véase mi *Morf. gen.*, II, 374).

Vemos, pues, que si se ha de creer á Agassiz, el Creador se condujo, al producir las formas orgánicas, exactamente lo mismo que un constructor que se propusiese levantar el mayor número posible de edificios, destinados á diferentes usos, que obedeciesen al mayor número de órdenes arquitectónicos, y que se diferenciases lo más que pudiesen en el grado de sencillez, de lujo, de magnitud, de perfección, etc. Este arquitecto adoptaría desde luego para el conjunto de sus diversas construcciones, cuatro órdenes diferentes, y edificaría en todos ellos un número dado de iglesias, palacios, cuarteles, cárceles y casas; pero formando cada cosa con ó sin cuidado, en grande ó en pequeña escala, modesta ó lujosamente. Pues bien, este arquitecto humano tendría sobre el Creador la ventaja de fijar

de antemano, á voluntad, el número de sus construcciones, mientras que, según Agassiz, el Creador está obligado á encerrarse en los seis grupos arriba citados: especie, género, familia, orden, clase y tipo.

Si leéis—lo que no os aconsejo—en la misma obra de clasificación de Agassiz, la completa y razonada exposición de tan extrañas apreciaciones, apenas podreis comprender cómo, sin perder la apariencia de una rigurosa forma científica, se puede llevar tan lejos el antropomorfismo de la divinidad, haciendo de ella un minucioso cuanto fantástico retrato. El Creador, según este sistema, no es más que un hombre todopoderoso que, cansado de sus largos ocios, ha querido distraerse inventando y fabricando innumerables especies, verdaderos juegos de su imaginación. Después de haberse divertido así algunos miles de años, se cansa y por medio de una revolución general de la superficie terrestre, destruye y aniquila todos aquellos seres inútiles. Poco después, para matar el tiempo ocupándose en algo nuevo y mejor, da la vida á otro mundo animal y vegetal; pero no queriendo molestarse en empezar nuevamente su trabajo, se encierra en el plan anteriormente trazado, limitándose á crear nuevas especies, ó bien nuevos géneros, pocas veces nuevas familias, órdenes y clases, aunque sin hacer nada que obedezca á un nuevo género de construcción, y ateniéndose siempre á sus seis primitivos tipos.

Continuemos examinando las opiniones de Agassiz. Después que el Creador se divirtió por espacio de millares de millones de años, creando y destruyendo á su antojo, se le ocurrió—aunque un poco tarde—la feliz idea de hacer algo que se le pareciese, y formó al hombre á su imagen y semejanza. Conseguido entonces el fin supremo de la creación, terminó la serie de los cataclismos geológicos, porque el hombre, imagen é hijo de Dios, le proporciona tantos disgustos y satisfacciones á la vez, que no le da lugar á aburrirse, no necesitando, por lo tanto, *matar el tiempo* con nuevas creaciones. ¿No es, en verdad, evidente que si con Agassiz dotamos al Creador de cualidades puramente humanas, juzgando sus obras lo mismo que las de cualquier hombre, tenemos forzosamente que aceptar las extrañas ideas que acabo de exponeros?

Las profundas y numerosas contradicciones, los absurdos inherentes á la doctrina de Agassiz

sobre la creación, que le han convertido en un encarnizado adversario del darwinismo, deben admirarnos tanto más, cuanto que, en sus anteriores trabajos sobre historia natural, él mismo se había adelantado á Darwin, particularmente en lo que concierne á la paleontología. Entre los primeros trabajos que han hecho fijar en esta ciencia la atención de todos los sábios, figura en primera línea la célebre obra de Agassiz sobre los peces fósiles, obra digna de ocupar un lugar preferente al lado de los fundamentales estudios de Cuvier. Los peces fósiles descritos en ella, no sólo tienen un extraordinario valor para la historia del grupo de los vertebrados y de su evolución, sino que nos enseñan las leyes de la evolución general más sólidamente establecidas, leyes que en gran parte han sido por Agassiz descubiertas. El es quien por la primera vez ha hecho resaltar el notable paralelismo que existe entre las evoluciones embrionaria y paleontológica, ó sea entre la ontogenia y la filogenia; conformidad que ya os he dicho constituye una de las más sólidas pruebas de la doctrina genealógica. Ninguno ha demostrado con la claridad que Agassiz, cómo los vertebrados han estado representados al principio por los peces, cómo aparecieron más tarde los anfibios, cómo después de un período más largo se presentaron las aves y los mamíferos, y cómo, lo mismo en estos que en los peces, aparecieron en primer lugar los grupos más imperfectos ó inferiores. Ha demostrado también aquel naturalista que la evolución de todos los vertebrados, no sólo es paralela á la embrionaria, sino á su desarrollo sistemático, que gradualmente vemos producirse desde las clases y órdenes más inferiores, hasta los más elevados; importantísimos hechos que, lo mismo que la conformidad de las evoluciones embrionaria y paleontológica, se explican muy fácilmente por la doctrina genealógica, sin la cual no tendrían interpretación posible.

No podemos decir otro tanto de la gran ley de la evolución progresiva, ese progreso histórico de la vida orgánica que con tal esplendor se presenta, lo mismo en la sucesión de todos los organismos que en el perfeccionamiento particular de cada parte de los cuerpos, como, por ejemplo, se observa en el esqueleto de los vertebrados que fué adquiriendo lenta y gradualmente la gran perfección á que en el día ha llegado en el hombre y en otros vertebrados su-

periores. Este progreso, debidamente demostrado por Agassiz, es el efecto necesario de la ley de selección natural, formulada por Darwin, que también ha explicado sus causas eficientes. Si esta ley está fundada en regla, es absolutamente preciso admitir que el desarrollo y la multiplicidad de las especies han ido aumentando gradualmente en el curso de la historia orgánica terrestre, y que solo en épocas recientes han podido llegar á su mayor perfección.

Por más que Agassiz haya descubierto en parte todas las leyes arriba citadas y algunas otras relativas á la evolución, no han podido, sin embargo, ser interpretadas, como veremos más tarde, sino por la doctrina genealógica, permaneciendo, por lo tanto, incomprensibles hasta la aparición de la teoría de la descendencia. Solo las influencias modificadoras expuestas por Darwin, la herencia y la adaptación, pueden explicar las verdaderas causas de estas leyes que están en abierta contradicción con la hipótesis sobre la creación expuesta por Agassiz, y por lo tanto, con toda idea de actividad premeditada que proceda de un Creador. Si para explicar tan maravillosos fenómenos pretendemos invocar tales hipótesis, forzosamente nos veremos obligados á admitir que el Creador ha evolucionado á su vez con la naturaleza orgánica creada y metamorfoseada por El; siendo, por lo tanto, imposible no convenir en este caso, en que el Creador no haya concebido su plan lo mismo que un hombre cualquiera, mejorándolo y poniéndolo en práctica, después de numerosas modificaciones. «El hombre se engrandece á medida que aspira á un fin más elevado.» Esta verdad, aplicada á la hipótesis de Agassiz, nos demuestra que de sus proposiciones tiene que resultar un concepto de la Divinidad indigno de su grandeza. A juzgar por la veneración con que aquel naturalista habla á cada paso del Creador, parece que estamos en el caso de formar de él una idea más elevada; pero sucede precisamente lo contrario, puesto que Agassiz lo coloca al nivel de un hombre idealizado ó de un organismo sometido á un desarrollo progresivo.

Ha circulado tanto la obra de aquel sábio suizo, y tiene tal autoridad, con justicia merecida en atención á los grandes servicios que ha prestado á la ciencia, que me he creído en el caso de exponer en breves palabras la falsedad de las apreciaciones en ella emitidas. Como his-

toria natural de la creación, no tiene aquel libro valor alguno; pero lo tiene y muy grande bajo otro aspecto, porque es el único trabajo moderno en el que se vé á un eminente naturalista esforzarse en fundar, con un aparato de demostración científica, la historia de la creación teleológica ó dualista. La imposibilidad de alcanzar favorable éxito en tan descabellada empresa, salta á la vista; y en verdad que ninguno de sus adversarios ataca de un modo tan rudo y convincente los conceptos dualistas de Agassiz sobre el origen y naturaleza de la materia orgánica, como él mismo lo hace al exponer las flagrantes contradicciones que resaltan en su obra:

Los adversarios del concepto mecánico del mundo, han saludado con júbilo la aparición del libro de Agassiz, que miran como una perfecta demostración de la actividad creadora inmediata de un Dios personal, sin hacerse de cargo que aquel Dios personal es simplemente un organismo idealizado dotado de atributos humanos. Esta dualista y tan vulgar idea de la divinidad, pertenece á un grado del desarrollo animal inferior al del actual organismo humano. El hombre ha llegado á un período de perfeccionamiento bastante para formarse una idea de Dios infinitamente más noble y elevada, la única compatible con el concepto unitario del mundo: por eso reconoce que la fuerza y el espíritu del creador presiden á todos los fenómenos de la vida universal. Este concepto de Dios, que es la filosofía del porvenir, había sido ya expuesto por Giordano Bruno en los siguientes términos: «En todo hay un espíritu: ningún cuerpo, por pequeño que sea, deja de contener una partícula de la sustancia divina que lo anima.» Goethe tenía también la misma elevada idea de la divinidad, cuando decía: «Ningún culto hay en verdad más hermoso, que aquel que prescinde de las imágenes, y consiste únicamente en una especie de diálogo entre la naturaleza y nuestro corazón.» El concepto unitario es, por lo tanto, como acabais de ver, el único medio de adquirir la gran idea de la unidad de Dios y de la naturaleza:

ERNESTO HAECKEL.

(Traducción de Cláudio Cuveiro.)

FILOSOFÍA GRIEGA.

ESCUELA JÓNICA.

(Conclusion.)

La historia particular de la Escuela Jónica demuestra prácticamente que la teoría dinámica no impide el desarrollo simultáneo del mecanismo: ambas concepciones aparecen y se desenvuelven á la par cuando el espíritu piensa en la Naturaleza. El aspecto mecánico es permanente en la Historia de la Filosofía; preséntase hasta en las mismas Escuelas modernas, porque no es una abstracción, sino lo que inmediatamente concibe el hombre al contemplar el fenómeno natural. La Escuela dinámica había visto el motor; la fuerza á través del fenómeno y en el fenómeno; la Escuela mecánica ve más el fenómeno mismo y se inicia con *Anaximandro* de Mileto, contemporáneo de *Thales* según unos, de *Anaxímenes*, según otros, con quien discutió y controvertió sus doctrinas. De él la tradición habla con encomio, pero carecemos de monumentos auténticos que nos permitan reconstituir su vida.

Siendo jónico y de la Escuela física, aspira á la investigación del principio primero; mas tomando el fenómeno como punto de partida, no veía á través de él agua, ni aire, ni fuego, ni la fuerza iba envuelta y contenida en el principio único, sino que el principio era lo infinito, *το απείρον*. Pero, ¿qué entendía *Anaximandro* por lo infinito? ¿qué era *το απείρον*? El filósofo no lo define, ni lo explica, si hemos de creer á Diógenes; pero Aristóteles en su metafísica, al hablar del *Sér* en potencia que no es en acto, cita entre otros filósofos á *Anaximandro*; San Agustín en su Ciudad de Dios interpreta en el mismo sentido la fundamental afirmación del principio, y posteriormente la mayor parte de los autores y comentaristas le dan también la significación de una especie de caos primitivo.

Este infinito es lo infinito en el conjunto, en un estado indefinido de todas las esencias calificativas de los seres particulares y determinados, es como un caos metafísico en el cual se confunden todos los principios esenciales de cada uno de los seres virtualmente contenidos en él. Lo indefinido debiera llamarse.

En este indefinido hay un movimiento eterno que distingue, separa y combina lo diferente ó lo homogéneo, gracias á lo que se vá organizando la existencia y constituyendo los seres. Aquel infinito, inmutable en el fondo, se modifica en cuanto todos los principios ó elementos se hallan en continuo cambio de relaciones, uniéndose los similares, separándose los contrarios, de suerte que por un eterno movimiento de recomposición y descomposición, lenta y sucesivamente el caos va abriendo paso á todos los elementos confundidos en él.

Estando en *το απείρον* todos los elementos, la unidad infinita, por aquél movimiento mecánico, iba descomponiéndose, más nunca por la eficacia del principio primero, sino mediante la fuerza motriz, habiendo como una vegetación de todos aquellos gérmenes, semillas, esencias que se hallaban en lo indefinido. Un infinito acuoso, por ejemplo, se solidifica lentamente, y van apareciendo en los distintos períodos de su cohesión molecular los seres que corresponden á cada uno de ellos; primero los seres que viven en el fango, y cuando este haya adquirido mayor consistencia se mostrará el vegetal, y por último el animal que exige ya la sequedad.

Todos los elementos se hallaban en *το απείρον* en el caos, mas al colocarse en diferentes posiciones llegaron á formar el mundo. Y los seres vivos, ¿cuándo y cómo aparecen? Aquí *Anaximandro* entra en el campo de las hipótesis: cree que, admitido aquel estado acuoso, la acción del sol determinará cambios ayudando á la fuerza motriz, y cuando el rayo solaz actúe sobre terrenos pantanosos, entonces surgirán seres animados, germinará la vida en el fango, pero envuelta en áspera y ruda corteza, fecundada y suavizada luego por la misma influencia solar. Así el hombre comenzó siendo pez, y después, y gracias al sol, fué progresando á través de serie de organizaciones animales, hasta llegar á ser el hombre actual.

Las sucesiones infinitas de *το απείρον* tienen finalidad, puesto que todo regresará otra vez á la confusión del principio, no perdiéndose un sólo elemento, un sólo átomo, sino conservándose toda la materia para volver á una segunda jornada, regresar de nuevo á su principio, y de aquí á otra tercera formación de mundos, sin poder señalar límites al movimiento en *το απείρον*.

Anaximandro, pues, se aparta del sistema cos-

mogónico de *Thales*, é imprime á la filosofía jónica nueva dirección, aunque sin abandonar el terreno propio de la Escuela; antes bien, desde el momento en que pretende explicar el origen y formación del mundo y de los seres mediante la existencia simultánea de infinitos principios ó elementos que viven confundidos en el caos, acentúa todavía más el sentido panteísta que distingue á estos primeros pensadores de la Edad greco-latina. No hay más que lo indefinido, materia primitiva y substancia de todo, y ni aun la fuerza que causa el movimiento puede afirmarse que sea cosa distinta. De panteísmo materialista debe, en suma, calificarse la doctrina de *Anaximandro*, porque en esa continua descomposición y recomposición de los elementos —que tanto se parecen al átomo de otras Escuelas— en aquel perpétuo movimiento que une lo semejante y separa lo contrario, en esa lenta y gradual aparición de los seres de inferior á superior, en aquella misma fuerza motriz que impulsa y dirige, se ven ya perfectamente delineadas todas las teorías de materialismo.

Al llegar á este punto en la historia de la Filosofía jónica hallamos un vacío de tiempo desde *Anaximandro* de Mileto hasta el que se tiene por su discípulo *Anaxágoras* de Clazomene. Este vivió en el siglo de Pericles, *Anaximandro* en el siglo anterior, y de aquí suponer que en el intermedio la influencia dinámica prevaleció en los sectarios de la Escuela jónica, máxime cuando en el mismo *Anaxágoras* se notan resabios de la concepción dinamista.

Nos encontramos ya en los grandes tiempos de la civilización griega. *Anaxágoras* abandona su país natal y marcha á Atenas, donde figura entre los amigos y compañeros de Pericles, tanto que fué perseguido y condenado por los adversarios de éste, que le acusaron de *medismo*, es decir, de traidor que favorecía al rey de Persia, y también de irreligioso, porque explicó como símbolos, como personificaciones de fuerzas morales, de vicios y virtudes, el Olimpo de Homero; porque sostuvo que la mitología era la cobertura de la piedad religiosa, que si bastaba al vulgo y al hombre ignorante, no podía de ningún modo satisfacer al pensador, al hombre que trataba de inquirir la verdad á través de los disfraces de la fantasía. Desterrado de Atenas, se retiró á Lamp-saco, donde murió en edad muy avanzada.

Para *Anaxágoras* el principio de las cosas es también la unidad de todas las partes primitivas, es la unión de las partes elementales más sutiles, siempre en eterno movimiento, como eternas son ellas, porque nada nace ni muere, sino que todo se compone y se disuelve. Las cosas no se producen ni destruyen, sino que se agregan ó separan; no nacen ni perecen, subsisten eternamente. Las partes primitivas, los elementos infinitamente pequeños de las cosas, las homeomerías estaban confundidas en el caos, están en el mundo y volverán á confundirse, y de aquí el principio panteísta de que *todo es en todo*.

La materia es una sustancia eterna y necesaria, pero infinitamente variable en la combinación de sus elementos, apareciendo la diferencia en las cosas porque las partes primitivas se distinguen por la ley de lo semejante y desemejante, que en ellas mismas es imposible apreciar. Sólo cuando se reúnen cierto número se ven propiedades ó caracteres. La unión de principios de idéntica especie fija la naturaleza de un ser y muestra la diferencia entre unos y otros. En virtud de la ley de analogía todo se constituye; por la ley de repulsión todo se desmorona y deja de ser; pero los elementos disgregados y repelidos no se pierden ni se disipan, sino que vagan por el espacio en busca de partes donde agregarse para formar nuevas combinaciones.

Ahora bien,—dice Aristóteles,—¿de dónde proceden estos efectos y cuál es la causa? El sujeto mismo no puede ser autor de sus propios cambios, y hay que buscar la causa de la mudanza, el principio del movimiento. *Anaxágoras*, como *Anaximandro*, reconoce una fuerza motriz; pero hace más, distingue entre la fuerza motriz y lo movido, que su antecesor confundía, y desde este momento cae en un dualismo. Hoy aquel estado caótico donde por un movimiento natural dado en todo ser los particulares se determinan desde el fondo común de lo indefinido. Y ¿cómo se determinan? ¿cómo reina hoy el orden allí donde todo estaba confundido! El paso y progreso en el movimiento expansivo, la coordinación y enlace de los seres particulares se cumple por la eficacia de una presidencia que atribuía al *noús*, fuerza que mueve lo semejante y desemejante, inteligencia simple, independiente, que abraza todos los tiempos, que circula en torno del mundo y distribuye una vida tanto más abundante según encuentra or-

ganismos más perfectos. Y como los seres en tanto son en cuanto se combinan los elementos primitivos, resulta que para *Anaxágoras* la causa del orden es á un tiempo el principio de los seres y la causa que les imprime el movimiento, donde se ve la influencia dinámica que antes mencionábamos.

Aristóteles, al hablar de esta doctrina, exclama admirado: "Cuando hubo un hombre que proclamó que en la naturaleza había una inteligencia, causa del concierto y del orden universal, pareció que este hombre era el único que estaba en el pleno uso de su razón." Y, en efecto, esta inteligencia es ya un Dios, siquier sea un Dios mecánico, como un obrero que dispone y ordena las partes de una máquina.

El *noús* tampoco es el espíritu en el sentido que hoy se dá á esta palabra. La oposicion que pueda haber entre la materia y la inteligencia, no la concibe el filósofo como siendo ambas cosas distintas y separadas. Platon afirma que *Anaxágoras* hacia obrar la inteligencia sobre el mundo, penetrándola en todas partes; y de aquí la idea de una inteligencia universal con los mismos caracteres que hoy damos á la individual. Pero que el *noús* penetre todos los seres, que en todo sér haya materia é inteligencia, no quiere decir que *Anaxágoras* estableciera distincion fundamental entre el espíritu y el cuerpo, ni que sea el fundador del *espiritualismo* en Grecia. La inteligencia, segun su discípulo *Archelao*, no es más que algo como el substratum de la masa general, fuerza que ordena y distribuye, y á que se somete la masa movida, sin que haya oposicion de substancia entre el motor y lo movido.

Todo está en semilla, en gérmen en las homeomerías, en la masa; pero recibe el impulso del *noús*, de la inteligencia, y el movimiento comienza y continúa en progresion indefinida ascendente, fecundando, y ordenando todos los seres en el mundo.

El mundo, pues, tal como es hoy, tuvo principio. Los elementos estaban confundidos é inertes en el caos, esperando que la fuerza motriz comenzára á obrar. Aparece el *noús*, y se manifiesta el movimiento; lentamente y por grados crece y se extiende, unas partes se atraen, otras se separan, y se forman grandes masas confusas que han de dar origen á los cuatro elementos. De la masa húmeda nace el

agua, del agua la tierra y las piedras, elementos concentrados por el frio; pero en la parte superior quedó el éter, y en el éter, que es fuego, se inflamaron las masas pétreas lanzadas por la tierra y aparecieron los astros. Y desde el instante en que hubo astros, brotó la vida, porque el sol fecunda la tierra, y nacen las plantas, despues los animales, y por último el hombre, cuyas partes primitivas son las más puras, pues en él se alcanza la mayor separacion posible de las homeomerías.

De esta teoría parece deducirse una série de revoluciones cósmicas análogas á las que estableció *Anaximandro*, y si se tiene en cuenta que el mundo es debido en gran parte al éter ó fuego, no es aventurado afirmar que tambien perecerá por el fuego. Sin embargo, concierta más con aquella progresion indefinida ascendente del movimiento, antes mencionada, la opinion de Aristóteles, para quien la fuerza motriz, la inteligencia, mantendrá el orden de la materia, haciendo que de cada vez se vayan separando más y más los elementos.

En cuanto al conocimiento, cree *Anaxágoras* que el verdadero y completo está en lo movido y en el motor; el conocimiento no vale en tanto que no conozcamos las partes similares y el *noús*. Conociendo sólo lo sensible, el fenómeno, la apariencia, caeremos en el azar, en la fatalidad. Nuevo progreso que se encuentra en la sucesion del pensamiento dentro de la Escuela Jónica.

De esta breve exposicion de las doctrinas de *Anaxágoras*, fácilmente puede deducirse el juicio que nos merece el filósofo de Clazomene. Desde luego no hallamos comprobado en los fragmentos que pasan por suyos ni en las referencias de Aristóteles, el atrevido aserto tan generalizado de que fué un filósofo *espiritualista*, que estableció distincion *fundamental* entre el espíritu y el cuerpo, entre Dios y el mundo. No vemos en *Anaxágoras* más que *fuerza y materia*; pero esa fuerza inteligente que se vé precisada á admitir todo materialista, fuerza ordenadora que penetra todo el mundo y promueve la formacion de los seres, cuyas escelencias y cualidades dependen de la mayor ó menor pureza de la materia, de las partes similares, no de accion y virtualidad propios al *noús*. Es, pues, una doctrina que entra de lleno dentro de la filosofía naturalista y panteista de la Escuela Jónica, si bien es indudable que señala un gran progreso

reconociendo la existencia de una ley universal que impulsa, mueve, ordena y organiza el mundo, y desde la cual á Dios no hay más que un paso.

El último representante de la tendencia mecánica es *Archelao*; el físico, de quien sabemos que sucedió á su maestro *Anaxágoras* en la Escuela que éste había fundado en Lampsaco, que la trasladó á Atenas, donde sus doctrinas naturalistas le valieron el sobrenombre de *el físico*, y que directa ó indirectamente dió lecciones á Sócrates, siendo esto quizá el único motivo de su fama. No ha llegado hasta nosotros obra ninguna de *Archelao*, y sólo hojeando biógrafos antiguos, se ha logrado conocer en parte las doctrinas de este filósofo.

Cree al fuego en el principio, causa ó motivo de los estados particulares, por más que sus diferencias estuvieran ya virtualmente dadas en *το απειρον*. Entiende que lo que no es visible nace de una mayor tenuidad del fuego, fuego que ofrece tal variedad de formas que, desde el sencillo calor hasta el estado igneo, la imaginación se agota en describirlas, siendo cada una de estas formas la adecuada para que se indique lo esencial de cada sér determinado. Obrando el fuego sobre el agua aparecieron la tierra y el aire. Mas, ¿cómo se produjo el agua? ó es otro principio simultáneo con el fuego, ó el agua y fuego (éter) se deben á la eficacia de una fuerza, análoga á la de *Anaxágoras*, lo que nada tendría de extraño siendo *Archelao* el discípulo y sucesor de aquél en el mecanismo. El fuego quedó sobre el aire, que estaba encima de la tierra, y obrando sobre ésta dió origen al mundo zoológico, y al hombre.

Si hay en *Archelao* alguna indicación acerca del mundo moral, de ciertos elementos que están solo en la mente humana, lo entiende como un desarrollo de la fuerza física del fuego y del calor, no como algo esencial distinto del fuego. Este es el que mantiene y dirige todo, á él todo vá á parar para extinguirse y volver á *το απειρον*. Esta finalidad, esta vuelta, este círculo de los seres particulares á través de los estados del fuego, recuerda el panteísmo de la Escuela dinámica y nos permite afirmar que todas las determinaciones jónicas vienen á concluir en un panteísmo materialista ó algo idealista (*Heráclito*), conforme con el carácter de las ideas primeras en la historia de la filosofía.

En resumen, la Escuela jónica se distingue por una verdadera espontaneidad respecto al asunto y fin de la ciencia. Acude al dato de los sentidos, que en la infancia del hombre y de los pueblos parece siempre lo más inmediato, cuando en realidad es lo más lejano; busca el principio en elementos materiales y que cabe apreciar sensiblemente; y lo particular se abisma en ese principio primero donde todo se contiene. Y, sin embargo, las categorías propias del pensamiento van ya declarando; brillan indicaciones aisladas que revelan el anhelo con que las facultades del espíritu buscan la verdad; la inteligencia humana, preludiando nuevas conquistas, agita ya sus alas y se prepara á lanzarse al cielo de las ideas, y despreciando aquella naturaleza que antes la había encadenado, crea otra Escuela filosófica, de carácter y tendencias opuestas, porque es el idealismo, lo trascendente, lo espiritual, el fondo de la Escuela pitagórica.

RICARDO BELTRAN Y RÓZPIDE.

LA VIDA ÍNTIMA EN TURQUÍA.

Ley inmutable de la Historia, que se cumple en todos los pueblos, es la de su decadencia, llegando al límite que parece prefijado por la Providencia á cada nación. Turquía, la poderosa potencia señora de los mares y terror de la Cristiandad en el agitado siglo XVI; la que llegando con sus huestes delante de Viena, imponía al imperio humillantes condiciones, mientras se enseñoreaba del Asia y llevaba triunfantes sus armas á las costas de Italia y á las del Africa septentrional.

Turquía, la potente Turquía, más envilecida por sus propios vicios que humillada por la fuerza de las armas, hasta este momento histórico en que, Rusia desbordada, pasa el Danubio é inunda la Bulgaria, rebasa los Balkanes y se extiende por la feraz Rumelia, talando campos de verdura eterna y hollando con su planta alfombras de fragantes rosas; Turquía, dueña del Bósforo, con un pié en Europa y otro en el asiático continente ve humillados y vencidos á sus hijos, los soldados del Profeta; y en un Congreso europeo recompuesta la carta de su imperio y rectificadas sus fronteras.

Interesante siempre la vida y costumbres de los pueblos del Oriente, quizá ninguno lo es tanto como el pueblo osmanlí, ese que fué en sus orígenes un pueblo de guerreros, una raza de conquistadores, fanáticos á un tiempo por las doctrinas del Profeta y por la prosperidad del imperio mahometano.

Notables escritores de todos los países han tratado el asunto, eruditos literatos han dedicado su talento al estudio de la vida de ese pueblo, de sus costumbres, de su manera de ser, y solamente la oportunidad de los momentos en que el problema de vida ó muerte para Turquía se resuelve en Berlin, puede disculpar nuestra tarea, en la cual poco nuevo han de hallar los eruditos, y loado sea Dios, si pasatiempo encuentran leyendo estas líneas los que no lo sean tanto; pero como no es en nuestro ánimo escribir una historia de Turquía y sí solo consignar algunos apuntes, respecto á su modo de ser en familia, en la vida íntima, no molestaremos mucho á nuestros lectores.

Sírvennos de guía en el asunto tantos y tan notables historiadores como han escrito sobre la materia, y en ellos, en los relatos de autores franceses, italianos, ingleses y españoles, desde Hamery y Lamartine, hasta Muradjá d' Ohsson, Ubicini, Lady Montagu y algunos escritores españoles cuyos nombres tan queridos como respetados son por todos los amantes de la literatura pátria, hemos hallado suficientes datos para el logro de nuestro humilde propósito.

La prensa extranjera ha enriquecido también en estos últimos tiempos, con extensos y curiosos trabajos la historia de los usos y costumbres del pueblo osmanlí, y también sus relatos hemos tenido en cuenta al emprender este insignificante trabajo.

Es el turco tan rudo y sufrido en la guerra como sibarita en el hogar, y por extraña combinación obsérvase esta amalgama en aquel pueblo; puesto que sabido es que suelen estar en razón inversa en las razas el amor al deleite y la poderosa virilidad del guerrero.

El turco ménos acomodado tiene en su casa dos departamentos: uno destinado á todos los usos comunes de la sociedad; el *selambik*, donde el dueño recibe á sus amigos, á los forasteros,

trata de los negocios, y reside, en fin, para la vida pública, por decirlo así: otro es el *odambik* ó *harem*, donde residen las mujeres; la familia del dueño de la casa; las habitaciones de la vida íntima, donde no penetran más que el señor de aquellas infelices esclavas blancas, y el sol.

En las casas de algunos turcos importantes por su posición, por sus riquezas; que han visitado las capitales de Europa, que poseen suficiente ilustración para apreciar las diferencias á favor de la civilización, entre las costumbres occidentales y las de Oriente, hállanse los más elegantes los cómodos muebles; el ornato de sus habitaciones no permite observar la diferencia de usos y costumbres entre los habitantes de París, del París de *buen tono* y los de Constantinopla; pero fuerza es confesar que estos son los ménos, los corrompidos, los que, perdida la pureza de las costumbres otomanas, debilitada en su alma la ardiente fe en todas las prescripciones del *Koram*, liban con fruición en sus festines y consumen á diario en sus mesas, el vino de Burdeos, el del Rhim ó el Champagne, con tanto placer y *tranquilidad religiosa* como los vecinos del *boulevard* y del *faubourg*.

Sin embargo, hay una parte en la casa que no ha sufrido, que tal vez, sin horrible contradicción, no puede sufrir reforma alguna: el *odambik* ó *harem*.

Las casas de los turcos *contumaces*, digámoslo así, y son la mayor parte en Constantinopla, y todas, ó casi todas, en el resto del imperio, están adornadas y decoradas como hace algunos siglos. Un divan ocupa todos los lienzos de la habitación y una alfombra persa ó de Smirna, en invierno, ó de junco en verano. Este es el mobiliario; así se vé el *selambik*, y en él recibe el señor de la casa á cuantas personas le visitan.

Sentado en aquel divan pasa el turco, independiente por su posición, si acaso un turco puede ser independiente, vive, come, duerme y se embriaga durante largas horas, consumiendo en su pipa ese tabaco especial que difícilmente puede fumar un extranjero cuando llega á Turquía.

Sobre el divan y en las paredes, así como en el techo, embellecidas con leyendas del Korán, se abren alacenas, donde se guardan igualmente los manjares, que la pipa ó los almohadones

que sirven al dueño, cuando quiere entregarse al descanso.

El decorado del *selamlík* ó *harem*, no difiere del indicado, sino en la riqueza del damasco de los divanes, de la alfombra y del decorado. La habitación destinada al baño de la mujer ó mujeres del dueño de la casa, está adornada con flores y embalsamada la atmósfera con diversos perfumes de Oriente.

La comida en las casas de los turcos ricos é ilustrados, carece del carácter *de nacionalidad*, rompiéndose en ellas las tradicionales costumbres; desde los más caprichosos platos de las cocinas francesa é inglesa, hasta las pastas italianas, se hallan en las mesas de los indicados otomanos; desde el comfortable Jeréz, hasta el espumoso Champagne, se consumen en ellas. Los cocineros son ó italianos franceses.

En las casas de los turcos más apegados á la tradición hasta en el asunto de las comidas, donde se observan con rigor los santos mandamientos del Profeta, semejantes placeres no se conocen. «En el momento en que el hombre toma en su mano un vaso de vino, está anatematizado por todos los ángeles del cielo.» (1) Ante tan terribles palabras, el pueblo mahometano ha conservado durante muchos años su horror á las bebidas espirituosas, si bien en varias ocasiones y en el tiempo de las conquistas no anduvieron tan parcos y celosos del cumplimiento de semejante precepto los soldados musulmanes.

Mahoma comprendía perfectamente el carácter de la raza tártara, de suyo levantisca y ardiente, y temeroso de que con el incentivo poderoso de las bebidas espirituosas se aventurasen á las más absurdas y atrevidas empresas, arriesgando el porvenir de su religion, marcóles tan estrechos límites.

Y no fué menos parte para la prohibicion la razon higiénica, puesto que sabido es que si en climas frios puede ser conveniente el uso prudencial de los vinos y espíritus en general, no lo es sino muy dañoso en climas cálidos.

El verdadero, el puro creyente mahometano en Turquía, tiene por impiedad cualquier reforma en usos y costumbres, y muy parti-

cularmente en tan grave asunto. Los manjares que éstos usan, exclusivamente condimentados y preparados por manos de creyentes, consisten en legumbres, carnes de cabra, de carnero, de aves, excluyendo las de caza, y la carne de cerdo, expresa y terminantemente prohibida por el Koran, (1) pastas y conservas, compotas y dulces de todas clases, arroz, plato predilecto de la raza tártara, y *yaurt* ó leche cuajada, tambien muy del gusto de los orientales y muy particularmente de los turcos.

El *cherbet* reemplaza al vino en las mesas de los ultra-mahometanos turcos; es una mezcla de agua-miel con zumo de naranja, de tan *dulcísimo tono*, que no hay jarabe tan empalagoso ni almíbar que se la iguale; pero con la *simbólica* bebida imaginase el osmanlí disfrutar de un rico y desconocido vino de *Chipre* ó de *Falerno* y cumple al mismo tiempo con la ley escrita, halagando á la par con semejante pócima sus golosos instintos y sus mahometanos sentimientos.

En cambio el turco no perdona el café; puro, negro y muy cargado le toma (y ofrece á sus huéspedes, cuando felizmente para ellos tiene), en ancha taza y baja, sin azúcar; al café acompaña la indispensable pipa. El verdadero paraíso es para el turco aquel momento: el café y la pipa tienen para él encantos casi desconocidos de los hombres de Occidente: aquél es el momento de la expansion, de los sueños, de la *embriaguez espiritual* producida por tan materiales medios.

Dijimos antes que si *felizmente* para el turco tenia huéspedes á su mesa los obsequiaba con café, y fuerza es confesar que quizá uno de los pueblos más hospitalarios es el pueblo de que se trata. La clase acomodada de Constantinopla cuenta entre sus placeres el de tener en su casa un *mucafir* ó huésped á quien obsequiar.

La curiosidad del *mucafir* ha de limitarse al *selamlík*; el *harem* está eternamente cerrado para los forasteros y para todos los hombres, ménos el señor de la casa, y aun para las mujeres estrañas, no es tan fácil la entrada como parece que debiera serlo, teniendo en cuenta la garantía que la identidad de sexo ofrece al due-

(1) Koran. C. V, v. 32.

(1) Koran, C. V, v. 1.º y siguientes.

ño de las encarceladas mujeres que viven segregadas de la humanidad.

En este punto los turcos todos piensan unánimemente: el harem pertenece no más al que le costea, y en Turquía ¡extraño fenómeno! donde con tal frecuencia se atropella la propiedad, la mujer del prójimo es respetada por todos; bien es verdad que no tienen muchas ocasiones los Tenorios con gorro ó turbante, para ver á las mujeres que usufructúan sus conciudadanos y correligionarios.

La mujer, emancipada é inteligente en el seno del Cristianismo, vive esclava y aherrojada en las religiones orientales; en las sociedades de Oriente la mujer no constituye parte de la familia, sino uno, el mejor de los muebles del señor que la toma por esposa ó para favorita la compra, haciéndola sufrir la humillacion, imposible en la mujer cristiana, de compartir las caricias y los favores con otra mujer; inmoral y depresivo convenio, causa eterna en la historia del imperio turco de innumerables crímenes y desastres sin cuento.

La regeneracion de la mujer otomana seria, tal vez, la regeneracion del imperio; pero los turcos, que hoy vacilan ante la idea de varias reformas sociales, que se hallan inclinados á emprender un nuevo camino de civilizacion, y racional y discreto progreso; que quizá no tiemblan ante los elementos que ven desarrollarse cada dia en su país, y que pudieran, en tiempo no lejano, ser dañosos para la santa religion del Profeta, no llegarán en muchos años, en siglos tal vez, á conceder á la mujer oriental la autonomia que en países cristianos ha conseguido.

De aquí la ignorancia, la imbecilidad de aquellas mujeres, que nada saben, que nada conocen del mundo, y para quienes todo es sobrenatural y todo es posible al mismo tiempo, en el terreno de los hechos. Una sensualidad brutal, una carencia absoluta de sentimientos convierte á aquellas mujeres en repugnantes instrumentos de liviandad y desvergüenza.

Salen de un *harem*, donde nacieron y vivieron al lado de su madre, la cual, como la fiera á sus hijuelos, no pensó, no supo ni pudo pensar más que en los cuidados puramente físicos de su hija: ésta crece, se desarrolla, y su padre concierta el matrimonio de la prisionera con algun turco cuyas condiciones de posicion y caudal sean convenientes, y le entrega su hija; ésta pasa de

un harem á otro; de hija á esposa, sin conocer al que va á ser su marido, y su dueño, como él tampoco sabe si la que ha de recibir por esposa, segun contrato, es rubia ó morena, hermosa como las hijas de Georgia, ó repugnante como las cariátides del Egipto.

En punto á mujeres, todos los turcos piensan lo mismo: todas las innovaciones permitidas á sus cautivas por los turcos más despreocupados, consisten en varias prendas con que se han reformado sus trajes, y en los peinados europeos. Alguna de las más principales señoras ha aprendido música, pero hasta donde ella sola ha conseguido llegar, á fuerza de ejercicios prácticos; puesto que la entrada de un maestro en el harem, no hay para qué decir que, aun soñada, sería causa de un crimen, por lo ménos.

“No os desposareis más que con dos, con tres ó con cuatro de las mujeres que os agrada-
ren”, —dice el Profeta (1)—y los mahometanos, siguiendo fielmente los preceptos del santo libro, no pasan nunca del límite en él fijado; pero cuando su posicion se lo permite, poseen el número de esclavas que pueden adquirir; lo cual no veda el fundador de la religion en sus *sagrados* mandamientos.

La escasez del género va disminuyendo gradualmente el número de mujeres almacenadas en los harenes. Durante la edad de hierro, que en Turquía ha sido tan larga como su historia, el imperio musulman llevaba mujeres á sus bazares de todos los países de Europa y Asia, y podia, despues de surtir sus harenes con las más escogidas, hacer buenos negocios con los restos de sus raptos y piratería.

Dueños de los mares hubiera sido intento vano oponerse á tan vandálico negocio y repugnante trata, y hermosísimas doncellas cristianas de Italia y España, de Hungría é Inglaterra, de Polonia, de Persia, de Georgia y Circasia, iban á los bazares turcos ó á los harenes del Sultán y de sus principales servidores, para pasar despues á la venta pública si sus dueños primitivos, cansados de ellas, no querian conservarlas en su poder. Mujeres de todas las nacionalida-

(1) C. IV. v. 3.º del Korán.

des, de todas las gerárquias caían en poder de los piratas y pasaban á los bazares.

Pero la ruina de las naves turcas, las terribles hecatombes de Lepanto y otras que á ella siguieron, echando á pique el poderío del imperio otomano, y la terrible persecucion por los rusos del comercio de esclavos en Georgia y Circasia unida á los tratados, por los cuales se prohibe ese comercio en los puertos del mar Negro y del Archipiélago, pusieron fin á tan ignominioso atentado á la dignidad humana.

A consecuencia de la persecucion, las mujeres hermosas empezaron á escasear en los mercados de Turquía, hoy tienen un precio enorme, y solamente los otomanos muy ricos pueden adquirirlas.

Los turcos anti-reformistas, los que no transigen con la más ligera modificacion en usos y costumbres, no han introducido en su harem ni permitido á sus mujeres ni esclavas innovaciones en el traje ni en el peinado, que conserva idéntico vestido que las primitivas musulmanas y suelto el cabello y sujeto con la diadema ó el airoso casquete griego, segun su nacionalidad y categoría.

El turco se casa con la misma facilidad y aún más que compra una hoja inglesa de bruñido acero, una escopeta ó un caballo de buena raza: son los principales cuidados del verdadero osmanlí: mujeres, armas y caballos; quizá las primeras ocupen el primer término, pero es aventurado asegurarlo.

El turco que no puede mantener más que una mujer, no abusa de las autorizaciones del Profeta y se contenta con una; la cual pasa ménos mal la vida que las mujeres de buena posicion, puesto que se distrae con los quehaceres domésticos y piensa ménos en su esclavitud. La boda entre los turcos es asunto sencillo: algunos dias de fiesta, previos los regalos que cambian los novios entre sí, y que han de ser muy ricos y principalmente los del novio á la novia. El cuarto dia de fiesta celebran un banquete las mujeres en el *harem* y los hombres en el *selamlık*, y los parientes de la novia hacen entrega de ella al novio: acto que presencia un *iman* en clase de testigo. Esta última ceremonia es la única que se celebra entre pobres; estos son más parcos en ceremonias en todos los países.

*
* *

TOMO XII

Los hijos se crian en el harem al lado de sus madres, los varones hasta la edad de la pubertad, y las hembras hasta que se casan. En aquel encierro, privados de toda educacion y cultura, fuera de las santas máximas y preceptos del Koran crecen y desarrollan.

Lejos del mundo, sin la menor nocion de cuantas exige la civilizacion, los tiernos retoños solamente aprenden de sus madres los contagiosos hábitos de la indolencia y el más grosero fanatismo.

El cariño paternal no existe en semejantes lugares, academias de la vagancia; y de la carencia total de tan naturales efectos, son pruebas harto claras las sangrientas medidas de precaucion adoptadas por los principes que se elevaron al imperio turco, que empezaban por disponer que fuesen estrangulados sus hermanos para evitar motivos de disturbios en la nacion otomana.

Hoy han cambiado un tanto las condiciones de Turquía, y es de esperar que sean mayores y más profundas las reformas si, como es de suponer, el imperio osmanlí, privado de una parte de su territorio, despliega mayor actividad y entra en un nuevo periodo de laboriosidad é inteligente aplicacion á tantos ramos del saber humano, hoy desatendidos y menospreciados, si no en completo olvido, en aquel país.

Algun potentado envía sus hijos á recibir educacion en los países más cultos; pero es tan escaso el número de padres despreocupados y con suficiente discrecion para romper con las costumbres tradicionales, que por caso raro debe contarse.

El divorcio está admitido y tolerado en Turquía y no son necesarias para conseguirlo, grandes condiciones: el Koran le autoriza, poniendo, como plazo previo para llevarlo á cabo, que el hombre medite sobre el asunto con cuatro meses de anticipacion. (1) Escusado es decir que la mujer carece de este derecho, puesto que de todos carece. La que se ve repudiada puede volver á casarse á los tres meses, autorizada por el *sagrado* testamento.

Una de las primeras, la única diversion, pudiera decirse, de las mujeres turcas cuyo dueño

(1) Koran.—C. II.—v. 226.

y esposo pertenece á los intransigentes con toda innovacion, es el baño, ó el tocador, ó los juegos de la infancia, única cosa que han aprendido en el mundo. En las largas y enojosas veladas de invierno, las mujeres del harem se reúnen en derredor del *tandur*, (1) hablan y se ocupan de su propia personalidad ó de asuntos siempre necios, como consecuencia del aislamiento en que viven y que produce la carencia de ideas.

El baño es la más importante necesidad de los turcos bien acomodados, que le tienen en su casa. Las mujeres suelen invitar á sus amigas, cuya visita les proporciona algun tiempo de expansion, puesto que su presencia renueva, aunque no en parte considerable, el conjunto del cuadro que, con las mismas figuras, se ofrece á sus ojos diariamente.

Los baños públicos para las mujeres ménos acomodadas, se ven muy concurridos. Allí se reúnen las amigas, que son cuantas asisten, porque su misma ignorancia y estupidez las une y les infunde franqueza y jovialidad. Reunidas charlan, se comunican sus impresiones, los gustos, caprichos y carácter de sus respectivos tiranos; rien como imbéciles, toman café, dulces y helados. Al despedirse las más desconocidas quedan amigas.

La mujer turca sería expansiva, si pudiera serlo, no solamente con las mujeres, sino con los hombres; pero no se pertenecen; son mercancías, propiedades de su respectivo señor, y sabido y proverbial es, que entre otras condiciones los turcos tienen la de ser celosos hasta lo inverosímil.

Las mujeres que salen á la calle á asuntos urgentes, y alguna vez á los paseos, van rebozadas en el *yachmak*, velo tan tupido que no permite ni adivinar los contornos del rostro que cubre, y envueltas en el *feredjé*, capa larga y ancha, que oculta las formas de la turca, dándole un aspecto desairado y siniestro.

Y no se contentan con estas precauciones los celosos osmanlis; la mujer turca es vigilada constantemente, lo cual no habla muy en pró de su moralidad, dicho sea de pasada; no se pertenece á sí misma, y por consiguiente, no sólo su marido, si que cualquiera turco, sea cual

fuere su condicion, está facultado, ó mejor dicho, está obligado á delatar á la adúltera ó infiel, en beneficio del hombre engañado y de la vindicta pública.

Los guardias municipales ó agentes de policía en Constantinopla vigilan sin descanso, y la menor muestra de infidelidad en una turca, y principalmente con un *vata* ú occidental, basta para perder á la infeliz. Una seña cambiada con otro hombre que no sea su señor, y lo que es más, una sospecha más ó ménos fundada, ó una calumnia, es sobrado motivo para castigar á una mujer sin compasion. La denuncia de un *kavá* es la sentencia inapelable de la desgraciada objeto de la acusacion.

A la vigilancia de los *kavás* há de añadirse la de los muezzines colocados la mayor parte del dia en los altos minaretes y continuamente vigilando calles y paseos, patios y jardines; nada se oculta á las miradas de aquellas águilas con gorro turco, que espían hasta el interior de los edificios, merced á la elevada situacion de sus observatorios.

Este sistema de esclavitud de la mujer se estiende, no á la soltera y casada, sino hasta la viuda, y frecuentes medidas cohiben la libertad de las mujeres que se hallan en este caso. Prohibiéndolas no há mucho que tuvieran á su servicio criados jóvenes y gallardos, y no se les permite que reciban en su casa visitas frecuentes de extranjeros, y mucho ménos de turcos.

La carencia de ilustracion y el aislamiento en que viven las mujeres turcas, es causa directa de la carencia de moralidad, y no en balde los osmanlis adoptan tantas precauciones; á no hacer de esta suerte, si dada la falta de cultura de las mujeres de aquel país, merced á su esclavitud é ignorancia humillantes, se viesen dueñas de sí mismas y en el pleno goce de su libertad el desbordamiento más brutal y repugnante sobrevendría en el imperio, y como consecuencias crímenes sin cuento.

Los extranjeros que visitan la capital de Turquía, llena la mente de imaginaciones poéticas y saturados de ese *orientalismo* que se respira en los libros escritos sobre tan gigantesca raza, propenso el ánimo á disfrutar maravillosos espectáculos, despierto el espíritu en la expectativa de aventuras amorosas y caballerescas, no tardan en convencerse de la inmensa distancia que media entre lo vivo y lo pintado.

(1) Es una mesa muy semejante á las que antiguamente se usaban y todavía se usan en algunos pueblos de España y conocida con el nombre de *camilla*.

Constantinopla, la poética ciudad, la tradicional, la hermosa Stambul, cuyas descripciones tantas veces hemos visto y tanto nos impresionaron, engendrando en nuestro espíritu vivísimos y ardientes deseos de visitarla, de vivir en ella, de ver sus artísticas mezquitas, de recorrer sus calles, sus paseos, sus jardines, aquellos verjeles escena de amorosas aventuras y de fabulosos devaneos; de enamorar á las más hermosas mujeres de Europa y Asia, y muy principalmente de la Georgia y la Circasia, las primeras, las más correctas bellezas del mundo, de contornos griegos y ojos árabes; blancas como el turbante del profeta y esbeltas como la apasionada y enhiesta palmera de Jafa.

Pero qué desengaño tan completo sufre el viajero, el *touriste* que, apenas penetra en Constantinopla, halla sus calles en el más lamentable estado de abandono, patentizando la incuria y atraso de sus habitantes. Centenares de viejos y chiquillos inundan los principales sitios, mendigando la limosna de la caridad de los transeuntes. Multitud de perros, pequeños y repugnantes, circulan libremente por la ciudad, y los miasmas que se aspiran en cambio de los aromas que aguardaba el viajero, destruyen por completo sus ilusiones.

Quédale ver las mujeres, las hermosas odaliscas; pero la entrada en los serrallos de los turcos no es fácil; porque estos son muy corteses y hospitalarios, y parece que se honran con tener en su casa huéspedes extranjeros y recibir sus visitas, pero los harenes son inaccesibles para todos menos su dueño; y aun para las mujeres occidentales no es cosa fácil conseguir el permiso para visitar aquella cárcel. Algunas inglesas han conseguido examinar de cerca el harem; pero son casos raros.

Intentar que los eunucos ó los *raias*, según la categoría, ó las esclavas franqueen en ausencia del señor la puerta del harem, es un sueño de las mil y una noches; saben que en el negocio aventuran la vida, y muy buena ha de ser la oferta para que en el ánimo del servidor del osmanlí pueda equilibrarse con tan querida *joya*.

De cuando en cuando vé el viajero en la calle ó en el paseo, ó, mejor diremos, adivina en un carruaje completamente cerrado con celosías, el vago conterno de una turca rica que á través de la reja de aquel calabozo movable, dirige una mirada al extranjero. Los ingleses que acuden

á Constantinopla en busca de amores de novela y de aventuras romancescas, pierden la paciencia y ven aumentar su *spleen* sin conseguir el objeto que los llevó á Stambul y que constantemente persiguen.

A las veces son víctimas de las busconas, que no faltan en la capital del imperio turco hebreas y armenias que vendan sus favores, y fingiéndose ya esposas, ya hermanas de algun bajá ó de cualquier importante personaje turco, explotan al extranjero, que dá crédito á las novelescas reseñas de Turquía que ha leído varias veces y al testimonio fantástico de poetas-historiadores.

El engaño reviste todas las formas de una verdadera aventura á la cual impulsan á la señora otomana, una pasión vehemente y el despecho de su condición miserable bajo la tiranía de un hermano ó de un esposo.

*
*
*

La circuncisión prescrita por el Koram, se verifica antes del mes del Ramazan ó Cuaresma de los turcos, y para la operación *quirúrgico-religiosa*, que así pudiera llamarse con propiedad, se destina uno de los kioscos del Serrallo: los niños pobres sufren la indicada operación en un edificio que se asemeja á una galería y que se levanta en una de las plazas públicas, no olvidando colocar en una parte de él algunos juguetes y entretenimientos para que á los chiquillos parezca la operación ménos dolorosa, distraídos con los espectáculos que se les ofrecen.

Excusado es decir que, puesto que la práctica de la circuncisión está prescrita en el Korán, no escapa de ella, ni sus propios padres lo consentirían, ningun chico que llega á la edad por el Profeta indicada.

La fiesta que en tal día se celebra es notable, aunque algo ha perdido de su antigua *magnificencia*, por lo ménos en Constantinopla.

No há muchos años, los turcos paseaban por la mañana á sus hijos, que habían de ser circuncidados en la tarde del mismo día, montados en mulas ó caballos. Después de la circuncisión, los padres y demás parientes de los niños, formaban corros y danzaban y cantaban hasta el oscurecer: entonces se dirigían á las mezquitas para orar.

Los viernes son también días de fiesta solem-

ne para los mahometanos, por haber nacido en viernes el Profeta: el *Baizam*, fiesta de Pascua, y el *Baizam* pequeño ó Carnaval, que entre los turcos sigue á la Cuaresma ó Ramazan.

Estas son las fiestas más importantes que los turcos conservan, y en todas ellas se vé el espíritu de fanatismo religioso que los domina.

Un campo irregular cerrado por toscos muros, una extensión de terreno grande, y en la cual, sin orden ni concierto, se ven el ciprés, el sauce y la multitud de columnas rematadas en un turbante de granito ó marmol, segun la categoría del que bajo ellas duerme el sueño eterno: esto es un cementerio mahometano en Turquía.

Los cadáveres purificados y sepultos en tierra, con el rostro vuelto hácia la Meca, descansan en aquel solitario y tranquilo campo: en las inscripciones grabadas en las columnas se leen todos los pormenores honrosos del finado; sus méritos, sus virtudes.

Los turcos profesan profunda veneracion á los muertos.

Orillas del Bósforo, en la costa asiática, se halla el cementerio de Constantinopla. Esto hace pensar á un escritor: "Parece que los turcos tienen el presentimiento de que su raza no ha de conservarse mucho tiempo en Europa."

EDUARDO DE LUSTONÓ.

UNA CASITA POBRE.

ESTUDIO DEL NATURAL.

Con perdon sea dicho del síndico de mi pueblo, si la renovacion de las calles del municipio es conveniente para la circulacion y los negocios, es al mismo tiempo una verdadera desgracia para quien busca en el campo la pintoresca rusticidad en que la naturaleza domina soberana, el arte se muestra ingénuo y primitivo, y la civilizacion no ha implantado aún la línea recta, las casas blancas y todas las demás reformas positivas y útiles. Resultado, que con todas esas calles largas, rectas y espaciosas, no sabe uno ya dónde ir á pasear.

Milagrosamente ha sido olvidado un camino angosto, tortuoso, hundido, surcado por las ruedas de los carros, lleno de guijarros y de baches... ¡una verdadera delicia! Confío en que las economías concejiles no permitirán que sea mejorado este último privilegiado refugio de la naturaleza.

Vése allí por un lado una charca de agua verdosa llena de microscópicas plantas flotantes, cercada de frescos berros, sagitarias y cañas acuáticas, entre las que pululan mil insectos y las ranas repiten en coro sus dos perpétuas notas. Por otro lado corre un riachuelo de agua viva, formando argentinas espumas y sobre los obstáculos que encuentra brinca con armónico susurro que se confunde con otros misteriosos rumores y chasquidos. A veces las dos aguas se confunden al través del camino, formando cristalinos arroyuelos y charquitos que relucen al sol cual si fueran espejos. Por ambos lados del foso estiéndense dos campos de malezas espesas y salvajes, entre las que se alzan aquí y allá viejas y nudosas encinas que todo el año osténtanse frondosas, altos olmos retorcidos y con las cimas rotas por el viento ó el rayo, y sauces cabelludos que vistos de noche al claro de la luna dan miedo al viandante, que se figura ver en ellos fantasmas de erizadas melenas, ojos espantables y bocas desgarradas. Cubre el musgo con su verde terciopelo las secas viñas, crece la yedra en las raíces y sube á lo largo de los rugosos troncos llenos de líquenes, y las madre-selvas pasan por encima de aquella, avanzan más alto y caen luego en festones de flecos floridos y olorosos. El vibruno mezclado con los vagabundos sarmientos hace más espesa la red y completa el adorno con sus grumos de simientes de suaves plumillas. El espino blanco, los evonibus, las aleñas y las rosas crecen y se multiplican en aquel laberinto formando una fantástica tapicería, y entre sus flores rojas, blancas, azules y amarillas viven las orugas, los mosquitos y los escarabajos, ofrécese en ellas un opíparo banquete á las abejas, que no necesitan ser invitadas para aprovecharse largamente de aquellos dones de la naturaleza, y los gilgueros y pitirojos revolotean por la espesura en gran número saltando, picoteando, riñendo y piando todo el dia en alegre escuadron.

Las mariposas giran entre las auras, los plateados peces deslízanse en el agua, saltan las

ranas en la orilla, las lagartijas corren por el suelo, van las hormigas en larga procesion y asoman los grillos su negra cabeza fuera del hoyo. Hay allí todo un mundo lleno de vida, brillante, de espléndidos colores, vario de formas, diverso de aficiones y que, en plena libertad, se agita en aquel apartado rincon respetado por el síndico-concejil.

Al final de las malezas aquella calleja internase en la campiña á través de alineadas vides mezcladas con arces, uniéndose entre los árboles por medio de festones cubiertos de hojas y adornados de hermosos racimos.

Más allá de los campos cultivados se presenta á la vista una vasta extension de praderas sin una casa, ni un árbol, y allí ya el camino, considerado hasta aquel punto como calle vecinal, conviértese en un simple sendero abusivo practicado por los campesinos para abreviar camino cuando van á oír misa en la vecina parroquia. Ante un código rural este sendero que serpentea por los prados, seria prohibido bajo pena de multa, pues métese en propiedades particulares y con el tránsito, la yerba se pisa y se estorba la recoleccion del heno.

Pero, ¡quién no pagaria gustoso la multa!.... Es un espectáculo tan sencillo y tan poético el que ofrece aquel espacio abierto que se extiende cual inmenso tejido de yerba y de flores, y rodeado de una guirnalda de pueblecitos que con sus erguidos campanarios blanquean entre los árboles. El fondo se confunde con la línea de colinas, cuyas faldas bordea el bosque Montello y termina á lo léjos en la cadena de los Alpes, cuyas cimas nevadas se pierden entre los vapores de la atmósfera. Amplio y espléndido horizonte bajo una inmensa bóveda celeste llena de silencio y soledad.

Atravesando aquellas grandes praderas, hállese despues otros campos, pero secos, frios, mal cultivados, esparcidas aquí y allá algunas miserables chozas hechas de madera, cubiertas de paja y ennegrecidas por él humo, y entre sí unidas tan sólo por las sendas practicadas por los habitantes de aquellos lugares, que parecen ser los últimos habitados por humanos seres en las lindes de un desierto.

Cierto dia del pasado otoño, despues de haber recorrido el camino antes citado, y atravesado el abusivo y tentador sendero, dirijíame al pueblecillo próximo por entre las pobres casu-

chas de la campiña, cuando una dolorosa escena llamó mi atencion. Algunos campesinos, hombres, mujeres y niños, estaban arrodillados ante una pobre morada, en la cual el párroco administraba el Viático á una moribunda. Por el abierto balcon de aquel casuco veíase á la pobre enferma en la cama, cubierta de una palidez cadavérica, la piel rugosa, hundidos los ojos, los pómulos salientes, y las manos descarnadas y paralíticas. Durante la ceremonia tuve tiempo de examinar aquella vieja casa y cuanto la rodeaba. Las paredes eran en parte de ladrillos sin revoque, y en parte de viejos tablones y de cortezas de árbol, cuyas junturas se habian rellenado con greda y hasta calafateado algunas hendiduras con periódicos viejos... que habian acabado por ser útiles para algo.

El piso bajo componíase únicamente de un zaquizamí que servia de alcoba, y de la cocina con su hogar, pero la campana y tubo de la chimenea eran tan pequeños, que no daban salida más que á una pequeña parte de humo, y el resto buscábala por la puerta, el balcon, las endaduras de las paredes y los intersticios de la paja de la techumbre. Un pequeño desvan, con ventana de boardilla, servia asimismo de segunda alcoba al par que de granero. Indudablemente, en su origen la casita solamente habia tenido dos habitaciones, una sobre otra, y la cocina, tenida entónces tal vez por objeto de lujo, solamente más tarde vino á ser considerada cual una necesidad, formando como un aditamento á la habitacion, pero en proporciones más modestas: de manera que la primera construccion proyectaba ángulos sobre la segunda, los cuales se utilizaban, bajo el saliente tejado, para colocar varios objetos que podian estar sin peligro expuestos al aire libre, como eran los útiles del trabajo, una red para pescar en las charcas, la jaula del jilguero, un tiesto roto con un geráneo, los haces de leña, la azada, el rastrillo, un manojo de plantas secas y de simientes, algunas cebollas y la Madona con sus siete espadas.

El conjunto de la casita presentaba una pintoresca combinacion de ángulos, esquinas, roturas y remiendos de diferentes clases, y eran una verdadera maravilla digna de ser contemplada, aquellas tapias fuera de aplomo, aquellas vigas torcidas y aquellos desunidos arquitectos que se sostenian en pié contra todas las leyes de la estática.

Y frente á aquel espectáculo de una vida que estaba para apagarse, todo sonreía y cantaba: el sol sobre los muros y sobre el follage de los árboles, el jilguero en la jaula, las abejas en el huerto y las áuras otoñales agitando las secas hojas pendientes de los maizales de la campiña.

Terminada la triste ceremonia, la comitiva marchó en pos del párroco, respondiendo á sus preces y precedida de un muchachito que sonaba la campanilla con acompasados toques. Gaudencio, el marido de la moribunda, salió de la casucha enjugándose con la mano una lágrima que corría por su mejilla, y habiéndome reconocido se llegó á saludarme y responder á mis preguntas sobre la enfermedad de su mujer. Hablamos ante el balcon de la estancia de la pobre enferma cuyo pecho anheloso oprimía el asma, y cuyos semi-apagados ojos buscaban ávidamente la luz. Junto al lecho estaba en pié su hija María, hermosa muchacha de diez y ocho años, llena de vida y de vigor, y cuyo rostro, sanamente coloreado, formaba un extraño contraste con la faz descarnada y amarillenta de la moribunda.

Contóme Gaudencio sus desdichas. La enfermedad de su mujer, la falta de trabajo, los malos años y el alto precio del grano, habíanle hecho pasar muy tristes días llenos de hambre y miseria. La enferma había estado ya dos veces en el hospital, y alababa mucho la limpieza del local, el buen trato, la solicitud de los médicos y la asistencia de los enfermeros. Pero en aquella última enfermedad no hubo medio de persuadirla de que volviese á él, resistiéndose con insistencia y diciendo que quería morir al sol, en su cama, ante los árboles y rodeada de los suyos.

Contemplaba yo, mientras me refería todo esto, á aquellas dos mujeres que me representaban en un grupo la muerte y la vida. Estando en esto, oí rumor de pasos hácia el corral, y al mismo tiempo noté que los ojos de la muchacha, húmedos por las lágrimas, brillaban cual dos estrellas. Volvíme para saber quién era el que llegaba, y vi cerca de mí á un guapo jóven aldeano, que saludaba, preguntando por la enferma. Apartéme entonces á un lado, dejándole espacio para que pudiese conversar con María.

Aunque entre la superficialidad de un saludo elegante no es difícil descubrir á dos enamorados, todavía la educacion echa un velo, si bien sea ligero, á la expresion del sentimiento. Pero

en aquella rústica morada, la naturaleza hablaba con toda la franqueza de la ingenuidad y las miradas de ambos jóvenes se cruzaban de uno á otro con tan lánguida pasion, que parecía sentirse la corriente magnética que á ambos unia.

Gaudencio, preocupado con sus amarguras, no paraba mientes en estos preludios amorosos, pareciendo que su alma sólo ansiaba seguir el destino de su compañera, y pasar con ella á ese otro mundo donde se encuentran la paz y el eterno reposo, y mientras tanto, junto al hielo de la muerte, surgían aquellos gérmenes de vida semejantes á los que en la simiente, durante el invierno, se desenvuelven bajo la nieve.

Al alejarme de la casita de Gaudencio siguióme éste para pedirme... noticias sobre el Brasil!

Maravillado de aquellas inesperadas preguntas, pedile explicacion de ellas.

—Pues es esta,—me respondió.—Apenas mi pobre mujer muera, pienso hacerla enterrar cerca de donde yacen nuestros padres... y luego abandonaré para siempre este país, en el que no se encuentran ni trabajo, ni pan, marchando con mi hija al Brasil.

Puse ante sus ojos las mil dificultades con que iba á tropezar careciendo de dinero y de instruccion, demostrándole que una de las dos cosas por lo ménos era indispensable. Le expliqué los peligros de una larga travesía; le hablé del clima, de la fiebre amarilla, de los desengaños que le esperaban al hallarse entre extranjeras gentes y en países semi-salvajes. Todo fué en vano. Respondióme que podia hacer la travesía gratuitamente, que América era el país del oro y de la abundancia, que muchos emigrados habían hecho fortuna y que en pocos años se podia llegar á ser propietario de vastos terrenos y vivir sin tantos afanes y cuidados.

Comprendiendo al oírle que habia sido seducido por malvados especuladores que habían abusado de su buena fé sacando partido de su ignorancia y miseria, le hablé de su aldea, de su infancia, de sus costumbres, de los socorros que obtenia de la municipalidad que le pagaba el médico y las medicinas, le protegia contra varios peligros y le reconocia ciertos derechos. Insistí sobre los consuelos que la religion le prodigaba, la amistad de sus convecinos, y finalmente hasta toqué el punto de sus difuntos parientes que en el cementerio reposaban, y so-

bre cuyas tumbas iría probablemente á rezar.

Nada pudo persuadirlo. Parecía atacado de una enfermedad moral contra la que eran vanos todos los remedios, y su miserable vida contemplábala como al través de un mágico cristal que le ofuscaba la imaginación.

Me replicó á todo esto que la municipalidad le tenia abandonado en la pobreza, que la miseria no conoce patria, ni parientes, ni amigos; que sus difuntos estaban en el cielo, donde esperaba volverlos á ver despues que para él concluyesen las tribulaciones de este mundo; que se hallaba decidido á partir y que estaba seguro de ser menos desgraciado en el nuevo mundo.

Viendo que todos mis consejos eran inútiles, detuve mis pasos, y fijando mis ojos en los suyos, le dije:

—Pero, ¿no os habeis apercebido de que vuestra hija está enamorada?

Se encogió de hombros con aire indiferente y me contestó:

—Si llegamos á hacer fortuna se podrá casar con un señor.

—¿Y si vuestra hija se muere? Tened entendido que somos cual los árboles, que no siempre sufren impunemente el ser trasplantados. A lo ménos, llevaos con vos á Juanillo.

—Eso no es posible. Si es más pobre que nosotros y no tiene un cuarto para pagarse el viaje desde aquí á Génova, y hacerse con algunas cosas indispensables para la travesía.

—Pues vos, ¿con qué contais para esos gastos?

—Venderé hasta el último andrajo, los muebles de la casa, los aperos de la labranza, todo cuanto poseo... Ya tengo pagada la tasa y me he asegurado el pasaje. Aunque el mundo se parta en dos no cambiaré de resolución. Más pobre de lo que soy ya no he de ser, con que me pongo en manos de Dios.

—Pues que Dios os proteja,—le contesté y me separé de él.

Pocos días despues de este diálogo volví á pasar por delante de la casita. Estaba cerrada, y en sus muros y en su huerto veíanse las señales del abandono. Al dirigir una mirada en derredor ví á Juanillo sentado al borde de un foso contemplando tristemente aquel tugurio desierto.

Por él supe que la pobre enferma habia muerto el dia mismo en que recibió el Viático y que apenas la cubrió la tierra del cementerio, habia

Gaudencio vendido todo y partido para América con su hija.

Al darme estas noticias, en sus ojos pugaban por saltar las lágrimas, y los sollozos se le atravesaban en la garganta.

No quise turbar su triste contemplacion con importunas preguntas, y le deje sólo tornando sobre mis pasos y pensando que cuando la miseria proviene en gran parte de la ignorancia, la emigracion viene á ser una desgracia más.

Trascurrió el invierno entre dolorosas sorpresas y solemnes funerales.

Aún anunciaba Florencia la muerte de La Marmora, cuando cayó enfermo Víctor Manuel, falleciendo á los pocos días.

Las demostraciones del dolor nacional, la fúnebre ceremonia del panteon y la subida al trono de Humberto I, vinieron á poco seguidas de la muerte de Pío IX, del Gónclave, la eleccion del nuevo Papa, la apertura del Parlamento, la caida del Ministerio y la paz de Oriente.

Tan rápida sucesion de acontecimientos parece arrastrar nuestra vida en medio de un torbellino moral, y sobre esto reflexionaba yo cierto dia apoyado en la balastrada del puente de la Paglia en la ribera de los Schiavoni ante aquel asombroso panorama de Venecia en el que la variedad y multiplicidad de objetos, colores y movimiento, produce una rápida sucesion de impresiones. En aquel tumulto de sensaciones y pensamientos, al dirigir mis miradas desde las antenas de las naves á las columnas del palacio ducal, desde las cúpulas de las basílicas á las cubiertas de las góndolas, creí asistir á una danza macabra de fantasmas, pareciéndome todo cuanto veia en abierta contradiccion, la solidez de los monumentos con la inestabilidad de las ondas, la inmovilidad de las estátuas con el vaivén de la multitud, el luto de la nacion con el alegre sol, el silencio de la muerte con los rumores de la vida, el oro de los mosaicos de San Marcos con los andrajos de la miseria que flotaban en las ventanas de algunas casas. La vida no es más que una pesadilla!

Absorto estaba, entregado á semejantes fantasías, cuando un agudo silbido me sorprendió atrayendo mis miradas hácia un gran barco de la Sociedad Peninsular que se ponía en movimiento.

Fué suficiente aquel navío que se disponia á partir para volverme á la parte positiva de la

vida, y traerme á la imaginacion los pobres emigrantes de la casita que á algunos meses hacia debian haber partido para América. ¿Quién se acordaba ya de ellos? Tras una larga navegacion por el Atlántico, ¿en qué rincon de la tierra habrian venido á encontrar el desengaño de la miseria?

Resolví volver otra vez por la campiña, con ánimo de inquirir de sus parientes si habian recibido noticias del Brasil, y cierta mañana dirigíme, con el indicado objeto, por el sendero de la pradera á la vecina aldea. Las malezas estaban tristes y desnudas, pues el invierno habíalas privado del follaje y de las aves é insectos que entre ellas habitaban. Algunos madrugadores gansos nadaban en las charcas, ocupados en la pesca, y parecian llamarse unos á otros indicándose los sitios donde más abundaba ésta, lanzándose su monótono *cua, cua, cua*, metiendo el pico en las márgenes, y ocultando la cabeza y la mitad del cuerpo bajo el agua.

El campo estaba desierto, los árboles sin hojas y los prados brillantes con la escarcha. Soplaban un arecillo frio de invierno que me obligaba á caminar de prisa y con las manos en los bolsillos. Aquella muerta naturaleza predisponia mi ánimo á las más tristes ideas, y no concebía ningunas buenas esperanzas, respecto al objeto de mi excursion. Despojada la campiña de las mieses y del follaje, permitiómeme ver de lejos la casita. La puerta y el balcon estaban abiertos; dos hombres trabajaban encorvados en el huerto; una mujer cantaba.

—Hé aquí un nuevo nido,—pensé.—Así es el mundo; se parte, se muere y otros vienen á ocupar nuestro puesto, cual si estuviéramos en un campo de batalla: Donde dos solas personas no podian vivir, viven ahora tres, y los que se ausentaron quizá hayan salido perdiendo.

¿Quién se ocupaba ya de los pobres emigrantes, que acaso habrian perecido en el mar, ó muerto de miseria, de trabajos ó de nostalgia?

Mas cómo me engañaba! Al verme de léjos vinieron aquellas gentes á mi encuentro, y me hallaba en presencia de los antiguos habitantes de la casita acompañados de Juanillo.

Sentámonos sobre el tronco de un árbol, y Gaudencio me contó sus aventuras con lenguaje pesado y confuso, las cuales yo traduciré en pocas palabras.

Vendidos sus pobres trebejos, dejaron la aldea conforme ya me informó Juanillo, pero á su llegada á Génova no encontraron el prometido barco que debia llevarlos gratuitamente al Brasil. El agente á quien habian entregado la tasa habia desaparecido, y privados de toda clase de recursos, ni pudieron seguir adelante ni volverse atrás. La pobreza que los arrojaba de Europa los rechazaba de América, y se encontraron entre el nuevo y el viejo mundo sin un pedazo de pan.

Viéronse obligados á pedir limosna por las calles de la ciudad y á dormir bajo un pórtico en la orilla del mar. Buscaron trabajo, pero en vano; y sin la caridad de los genoveses hubieran perecido de hambre. María contemplaba con espanto las olas que chocaban rompiéndose contra los escollos, y miraba ansiosa hácia el horizonte á ver si podia descubrir la América, y viendo sólamente una inmensa y amenazadora masa de agua que coneluia al tocar con el cielo, suplicaba á su padre llorando que la volviese aunque fuera mendigando á la pobre casita de la pradera.

Pero el camino era largo y penoso.

Entónces pensaron que su aldea no era tan mala cómo á Gaudencio antes le parecia. En ella se encontraban siempre algunos recursos aun en medio de las estrecheces generales, y era forzoso confesar que el pan solamente habia faltado en los malos años, lo cual sucede en todos los países del mundo, pero que con un poco de buena voluntad, se encuentra trabajo y se sale adelante en la aldea. Sentados sobre las gradas de un palacio de mármol y faltos de todo, traian á la memoria que en la pobre casita nunca habia faltado el huevo fresco de una gallina que no hacia gasto alguno, porque vivia merodeando en las heredades vecinas, ni jamás se padeciò carestía por los buenos frutos que espontáneos crecen en los campos para aquellos que no quieren tomarse el trabajo de sembrar coliflores en su huerto, ni escasean las ranas, los peces ni las anguilas en los arroyos, ni la leña seca en el vecino bosque para encender un buen fuego.

Los pobres de las ciudades carecen de todas estas ventajas que aquellos que las poseen no saben apreciar. Y al fin Génova era todavía país de cristianos y en él podian hacerse entender; mas si se hubieran visto trasportados al otro

lado de los mares; ¡qué hubiese sido de ellos?

Pocos días de semejante vida y de tales pensamientos bastaron para curar á Gaudencio de su monomanía de emigrante, y no pudiendo resistir al triste espectáculo de ver á su pobre hija desfallecer ante sus ojos, se presentó en las oficinas del Gobierno, refirió su historia y obtuvo los medios suficientes para volverse á su aldea.

Por extraña fortuna, la casita estaba aún desalquilada y el propietario consintió de buen grado en acoger á la oveja descarriada que tornaba al redil, añadiendo un pequeño trozo de terreno al anterior campo labrantío, y anticipándole algunos recursos sobre la futura cosecha. La aventura de los emigrantes conmovió también el corazón de los habitantes de la aldea, que tenían algunos más recursos, y reunieron entre ellos un poco de dinerillo para ayudarle á comprar los objetos más indispensables á la vida y la labor.

—Y entonces,—concluyó Gaudencio,—ya no ví obstáculos para el matrimonio de María con Juanillo, y casados están desde hace un mes.

Acontece en el campo que para llevar á cabo un matrimonio solamente se necesitan un hombre y una mujer.

Juanillo, descalzo, y sin chaqueta, encontró un amigo que le prestó la chaqueta y la faja para el día de la boda, y pudo así presentarse decente ante el altar para recibir la bendición nupcial, y ante el alcalde, que le remachó la cadena conforme á las leyes de la libertad.

Antes de aquel día habia trabajado con ardor una semana entera, con el fin de ganar lo suficiente para algunos gastillos superfluos, y aquella fué la única comida que hicieron con un poco de abundancia.

Al día siguiente no tenia ni chaqueta, ni faja, ni pan. Pero una vez satisfecha la primera deuda, fácilmente se encuentra crédito para la siguiente, hasta que el trabajo venga á solventarla.

Dícese que el dinero lo puede todo. No es verdad. Un casamiento sin amor puede ser la desgracia de dos esposos millonarios, y á veces, el amor sin un cuarto puede crear un paraíso sobre la tierra, única alegría del pobre. Y en prueba de esto, allí estaba María, que un mes despues de la boda cantaba como una avejilla que prepara su nido. Todos los motivos de penas habian desaparecido. Juanillo habia aportado á

la comunidad matrimonial dos robustos brazos para el trabajo, con los cuales podia hacer alianzas con el porvenir mejor que cualquier viejo ministro, y en compensacion de aquella fuerza productiva, solamente la habia pedido á su esposa un lugar en su cabaña y otro en su corazón.

A. CACCIANIGA.

(Traduccion del italiano, por G. Cerraieria)

EL CONDENADO MAYOR.

Algo poniendo de un cuento
que á mí me contó una vieja,
con algo que pueda ser,
y con algo que uno inventa,
voy á escribir un romance
de miedo y de risa mezcla,
para todo fiel cristiano
que piense en la vida eterna.

Cuento que parece historia
de verdad, y que pudiera
ser útil leccion de aviso
para algunos que no crean
en los martirios crueles
y en las infernales penas,
que sabe dar el infierno
al mortal que se condena.

I

Cuenta un cuento que Satán
hallábase en los infiernos
un día de gran faena
esterando su aposento.
Por acá, remiendan hornos
esquebrajados y viejos.
Por allá, friegan el cobre
los de Perico el Botero.
Fragua y acera Vulcano
con terrible martilleo,
las gastadas herramientas
gastadas en dar tormento.
Muchas brujas y vestiglos,
sus diabólicos jornaleros,
ó demonios inferiores
barren y baldean suelos.
Por todas partes ruido,
polvo, confusion, estrépito,
de manera que la casa
parecia el propio infierno.
En tal estado se acerca
muy agitado el portero

á Satanás, y le dice
lo que bien sabreis siguiendo.

Magnífico Rey Satan,
Señor poderoso, eterno
del caliginoso abismo
del dolor y del tormento;
sabed que en la porteria
se me ha presentado un viejo,
diciendo: ¡Vé diabolucho!
"Lleva esta carta corriendo
al gran demonio, tu amo,
y torna, maldito, presto."
Basta de charla, interrumpe
Satanás, y dame el pliego:
sepamos á qué y quién viene
en tan críticos momentos.
Calóse las antiparras,
arrimóse á un candelero,
rompió el sobre y comenzó
su lectura, así leyendo:

II.

(Carta de Belcebú, agente corredor de los infiernos, á S. M. el rey Satanás, recomendando á su portador Jhone Brunthon.)

London á tantos de tal
del año que va corriendo:
Poderoso gran señor
imperante del Averno.
á vuestra real magestad,
con el debido respeto
y para el mejor servicio
recurre hoy vuestro siervo:
Dos puntos. El dador es
un sábio doctor, un necio,
que nada consigo de él,
que no ama los dineros,
que de toda vanidad
huye y mira con desprecio
títulos y adulacion
el lujo y los altos puestos.
Mister Jhon Brunthon es hombre
sóbrio, frugal y modesto,
que entre libracos la vida
se pasa del mundo léjos.
Quiere penetrar la ciencia,
conocer lo verdadero
y descubrir los arcanos
del profundo Padre Eterno.
Yo le ando trabajando
hace ya bastante tiempo,
sin que pueda separarlo
de su camino derecho.

Por último: he recurrido
al grande recurso extremo,
tentacion que no resiste
sábio, ni tonto, ni viejo.
Y una jóven morenita,
con sus dos ojazos negros,
largas trenzas de azabache,
talle gentil, pié ligero,
manecitas de marfil,
y otras cosas que no debo
decir, y que son de ene;
en su camino le he puesto.
Don Cupido á Jhon trabaja,
con mezcla de amor y celos,
que son de nuestra botica
el más infalible unguento.
Mister Brunthon ya picó,
y se tragará el anzuelo;
pez del Perchel de Malaga
es la niña, y es buen cebo.
Hoy, al declinar la tarde,
á la vuelta de paseo,
vine al cuarto del doctor,
á quien sólo hallé, leyendo
un librote pergamino
que llaman el *Pentateuco*,
escrito en latin ó moro,
en idiomas que no entiendo.
¡Pobre sábio! Me dió pena
la opresion y los tormentos
y la lucha de su alma;
se hallaba agitado, inquieto.
No veian más sus ojos
que los dos ojazos negros
de la niña, en los renglones
que miraba sin leerlos.
De pronto, cerró su libro
y absorto quedó, diciendo
para sí: ¡Ciencia maldita!
¡Yo te maldigo y detesto!
Yo te consagré mi vida.
Yo te amé, yo fui tu siervo
y tú nada me enseñaste,
nada aprendí, nada tengo.
En pago de mis amores
me arrancaste los cabellos
arrugaste mi semblante
me has dejado cuasi ciego.
Apénas cuarenta años
hace que nací, y me veo
encorbado, careomido,
caduco, enfermizo, viejo.
¿Quién eres tú, ciencia vana?
¿Dónde encierras tus misterios?
¿Qué dás á los que te sirven?
¡Dudas, hambre, sombras, tedio!

Al ver así á nuestro sabio,
aprovecho este momento,
dije, y preséntome al punto
vestido de caballero.

—Buena noche, mister Brunthon,
¿me concede usted un momento?...

—Usted dirá, señor mío.

Y yo dije, pues tratemos
si le agrada de un negocio
que no es ciencia, pero es bueno.

Yo se quitar las arrugas
y renacer hago el pelo,
y hago un joven elegante
del más encorbado viejo.

Yo doy mi tabaco á prueba.

Mírese usted al espejo...

—¿Es posible? ¿Soy yo tal?

—Si lo quereis podeis serlo
ó como queraís que os haga;
peli-rubio ó pelinegro.

Y además de la belleza,
la juventud, y el gracejo
andaluz, que os hace falta,

os daré mucho dinero,
y os daré á la Malagueña
que vísteis en el paseo.

Ya sabeis la que yo digo:
la de los ojazos negros.

—Pero, ¿quién sois vos, demonio
maldito, brujo hechicero,
quién sois, qué poder tan alto...?

—Belcebú, servidor vuestro.

Yo soy un pobre diablo,
un agente del infierno.

Con que vamos al negocio;
¿acomoda lo que ofrezco?

—Mucho que sí; me acomoda,
señor Belcebú, y acepto.

Pedireis en cambio...—El alma.

—Bien esta; pero hay un pero
que poner á este contrato,
y por lo tanto no puedo
firmaros mi compromiso
sin conocer el Averno.

Permitidme que una tarde
baje allá á dar un paseo,
y despues, si me conviene,
la escritura, firmaremos.

Señor Satan, este Brunthon
es un brutazo muy tereco,
y si no se le da gusto
se nos vá, no hay más remedio.
Condenados como éste,

bajan pocos. Triunfaremos
de su virtud, que la niña
lo tiene en sus ojos preso.
Hay que ceder; recibidlo
como vos sabeis hacerlo,
y vuestra real pezuña
como se merece, beso.

Postdata: voy á la bolsa
y despues voy al Congreso,
que banqueros y ministros
se ocupan de presupuestos.

III

Larga epístola, Satan
dijo, sonando un cencerro,
y aparece Mefistófel
saltando y haciendo gestos.
—Recibe tú y acompaña,
procurando ser discreto,
á e-e mister, inglés Brunthon,
que viene á ver el infierno.
Dile que me disimule...
que me hallo un poco enfermo...
que otro dia le veré...
que estamos en el estero.
Excúsame como puedas
y mejor sepas hacerlo.
Dijo y dióle una puntera
que significaba, ¡presto!

IV

EN LA PORTERÍA.

Ya mister Brunthon, cansado
de tanto esperar estaba
pensando en la morenita,
en sus ojos y en su gracia,
cuando retembló la tierra
y crugieron de la estancia
paredes, suelo y techo,
las puertas y las ventanas.
Profundas grietas se abren
arrojando llamaradas,
que fugaces desaparecen,
verdes, rojizas y blancas.
Murciélagos y lechuzas
cruzan batiendo sus alas,
y al través de techo y muros
sin parar su vuelo, pasan.
De súbito los rumores
todos cesan y se apagan.
los relámpagos sulfúreos
y las volanderas llamas.
Rásgase el muro, y al fondo

bellísima calle larga
de frondosas alamedas
aparece solitaria.
Plateados de la luna
penetran por la enramada
misteriosos rayos blancos
entre negras sombras largas.
Reina silencio profundo,
tranquila, profunda calma;
duermen pájaros y céfiros
esperando la alborado
y tan solo se percibe
al lejos, dudosa, vaga
la corriente de un arroyo
que no duerme, vela y anda.
Mister, absorto, contempla
cuadro de belleza tanta
y en él su mirada fija,
y en él su atención embarga.
Vaporosa nube al fondo
trasparente se levanta
cual columna salomónica
de esplendores rodeada,
que girando sobre su eje
muda, silenciosa avanza,
y á medida que se acerca
sucesivamente cambia
de una forma en otra y otra
y entre crespones y gasas
poco á poco se convierte
en un lecho de esmeraldas,
en un trono de diamantes,
en una concha de plata
cubierta de ricas perlas
y de flores y guirnaldas.
En derredor los amores
revolotean lo vagan,
su brillante aljaba de oro
sobre nítidas espaldas.
El intrépido Cupido,
próximo ya de la estancia,
descorriendo las cortinas
de aquella vision fantástica,
hizo aparecer la Vénus,
la diosa, la hurí, la hada
que en aquel mágico lecho
era un tesoro de gracias.
Ni las que modeló Fidias,
ni las que Rafael pintaba,
ni las Vénus del Ticiano,
ni la que soñó Petrarca,
en encantos y hermosura,
en perfecciones, en nada
pueden llegar á la niña,
á la niña que así hablara.

Mister Brunthon: yo soy Lola,
hija del Perchel, que os ama.
Pero cuento quince Abriles,
y vos, señor, teneis canas.
Yo vuestro saber admiro,
y os adoro, por el alma
que encerrais en ese cuerpo
que roe vejez temprana.
No permite, no, Cupido,
señor, el que sea tanta
la idealidad del amor
y á Platon le puso raya.
Vengo aquí, para deciros
que os hallais en una casa
donde se fabrican muchas
maravillas y se cambian
pobres como vos en ricos,
viejas en niñas lozanas,
y se dan ungüentos tales
que poseen virtudes raras.
Aprovechad la ocasion,
que cual vos, la pintan calva;
que os refunda Satanás
en su acreditada fábrica:
es un demonio excelente,
tratadlo con confianza,
y si arreglais el negocio
¡qué delicias nos aguardan!...
Lanzó por el aire un beso
como si arrojase un áscua,
que vino á quemar la frente
del que loco la adoraba;
y cerrando las cortinas
de su lecho, recostada,
la niña quedó dormida
entre nubes de oro y grana
Poco á poco; retirando
se fué por la calle larga,
y en su fondo desaparece
detrás de una nube blanca.
El muro vuelve á cerrarse,
las sombras reinan, y pasan
murciélagos y lechuzas,
y vestiglos y alimañas
cruzando entre volanderas
sulfúricas llamaradas.

Tres relámpagos rojizos
iluminaron la estancia,
y apareció Mefistófel
vomitado por las llamas.
Buenas noches, mister Brunthon;
mi señor,—dijo,—me manda
para servirle, y estoy

pendiente de su palabra.
 Perdona usted que no venga
 Satanás, porque se halla
 el pobre muy constipado
 y guarda el sudor en cama.
 Cuando usted guste saldremos
 y no se espante de nada
 ni tema que lo incomode
 ninguno dentro de casa.
 Agárrese de mi rabo.
 No lo suelte. La canalla
 que vais á ver, señor Brunthon
 es de gente ruin y baja,
 que si os apartais de mí
 os chamuscarán las canas;
 ó tal vez os darian bromas
 que suelen ser muy pesadas.
 —Está bien, señor demonio.
 —Vamos allá.—Tengo ganas
 de conocer los abismos
 que tanto al mortal espanta.
 —dijo mister, y agarróse,
 apretando bien las palmas,
 al rabo del cicerone
 que Satanás le enviaba.

V

EL TRÁNSITO.

Por los antros misteriosos
 y lóbregos del profundo,
 rodeados de tinieblas
 y de ambiente frío, húmedo,
 el diablo y el doctor
 bajan al infierno juntos,
 como hiende las tinieblas
 silenciosamente el buho.
 Mil cavernas tenebrosas
 de estalactíticos muros
 dejándose atrás, descienden
 por un pozo nauseabundo
 y al fondo una galería
 tomaron, siguiendo el curso
 directo de su camino
 así como sigue el curso
 de largo túnel un tren
 entre las sombras y el humo,
 siendo la máquina el diablo,
 y los coches Mister Brunthon.

El doctor, ya muy cansado,
 deseaba poner punto
 á tan larga travesía,
 y dijo por fin:—¡diablucho!

tanto andar entre las sombras,
 y con tal peste á difunto,
 ya me fatiga y aburre...
 —¡Calle usted, y no sea bruto!—
 le interrumpió Mefistófel;—
 estos caminos oscuros,
 llenos van de agonizantes,
 de réprobos moribundos,
 que si vieran por dó van
 y no los mataba el susto,
 acaso se arrepintieran
 escapándose muchos.
 Conviene esta oscuridad.
 —No lo niego; pero uno
 de Pascasio y compañía,
 para encender este puro,
 permítame usted que encienda.
 ¿Quiere un cigarro?—No fumo.
 Mister echó una cerilla,
 y vió con horror un cúmulo
 de malditos maldiciendo
 á todos los Santos juntos.
 Avaros y negociantes,
 esclavos del peso duro,
 luchaban por engañarse
 como fieros energúmenos,
 hasta el instante mismo
 de hallarse liando el bulto.
 Por allí los diputados,
 ministros, politicuchos,
 gobernadores, alcaldes
 iban cogidos del brazo
 cual si todos fueran uno,
 devorando de la pátria
 el cadáver sin escrúpulo.
 Las mujeres cortesanas,
 haciendo alarde de lujo,
 arrastrando iban la seda
 que padre ni esposo pudo
 pagar, y de vicios era
 infamante pregon mudo.
 Apagóse la cerilla,
 tornóse á quedar oscuro,
 y siguieron caminando
 Mefistófeles y Brunthon.

VI

LA LAGUNA ESTIGIA.

Anduvieron largo trecho,
 corrieron camino largo
 y al fin de la galería
 los viajeros encontraron

tajo profundo que daba
sobre las ondas de un lago
de hirviente alquitran ó pez,
de betun, resina ó asfalto.
Mefisto, concedor
del peligro de este paso,
dijo á Jhon,—¡agárrese!
Y Jhon le dijo—¡me agarro!
Entonces como si fuera
del más fino acero el rabo,
de tal modo se retuerce
que mister quedó á caballo
encima de aquel demonio
convertido en su Endriago
que se lanza por el aire
negras álas desplegando.
—¡No tiemble, doctor, ni tema,
ni murmure por lo bajo
pater noster y oraciones
de su devocion á santos,
que rezar sin fruto fuera,
y si aquí se oyera un salmo
carcajada de huracanes
nos haria mil pedazos!
No tiemble doctor, y vea
cómo vierten por el tajo
á millares los pruitos
que vá recogiendo el barco
del capitan Aqueronte,
marino experimentado.
—¡Ya está lleno de pasaje!
—¡Tiene mucho parroquiano!
—Y dígame usted amigo;
¿para llegar donde vamos
falta mucho que volar?
—Ya nos queda poco rato.
¿Usted vé aquel agujero
por el que de vez en cuando
salen rojas llamaradas?...
Pues allá camina el barco
y allí está de los infiernos
el pórtico que buscamos.
Al pasar por él, doctor,
hay que pagar el portazgo,
y ninguno por él entra
sin llevar un arañazo
de la Idra que lo guarda,
implacable, fiero diablo.
Nosotros, como de oficio
esta visita giramos,
es posible que colemos
sin sufrir este fracaso.
Pero como fio poco
de ese bicho endemoniado,
procure usted ir seguro
cuando ya estemos cercanos,

porque apretaré vapor
y entraremos como un taco.
—Así haré, replicó mister,
y siguieron platicando
de las cosas de este mundo
que al infierno dan escándalo,
tales como ser ministros
en España más de cuatro.
Pero ya del agujero
encontrándose cercanos,
el demonio volandero
—¡silencio, dijo, que vamos
á dar ya nuestra embestida,
y s' el rumbo extraviando
nos torciéramos un poco,
podríamos estrellarnos.
Brunthon se calló su pico;
asióse con pies y manos,
cuanto pudo se encogió
y rápidos como el sapo,
por el maldito agujero
uno y otro se colaron.

Rugió por sus siete bocas,
siete llamas arrojando,
la serpiente furibunda
y se le escapó el Endriago.

EN LA PRIMERA ESTANCIA.

A su primitiva forma
Mefistófeles volviendo,
—¡de buena escapamos!—dice,
—para entrar en el infierno.
Agárrese bien del rabo;
no lo suelte usted un momento,
que hay aquí muy mala gente
incapáz de sacramentos:
—Así haré, demonio amigo;
no olvidaré su consejo,
y usted el favor me hará
de ir explicando...—Comienzo:
Esta caverna, señor,
es la mayor que tenemos,
y en ella preside y manda
aquel diavolin pequeño,
que es más malo que Cain;
don Periquito Botero,
encargado de quemar
los pecadores del sexto.
Abunda esta gentecilla
del uno y del otro sexo;
de manera, que ya veis,

no paran los fogoneros
de atizar y de echar leña
para alimentar el fuego,
y esta pícará tarea
cada día vá creciendo.
¡Es natural! en lo antiguo,
dijo un filósofo griego:
"los espíritus se amen
Sin que lo perciba el cuerpo."
Y ahora, doña Guillermina
—"¡Ciudadanos! vá diciendo:
"el matrimonio civil
"sobre poco más ó ménos
"al fin es un matrimonio
"como el otro que hace el clero.
"¡El amor debe ser libre,
"y yo sé lo que me pesco!"—
Con estas doctrinas nuevas,
y con lo de ojazos negros,
largas trenzas de azabache
talle gentil, pié ligero
manecitas de marfil
y otras cosas que no debo
decir, y que son de ene
ya lo vé usted, compañero,
se condenan á porrillo
los grandes y los pequeños.
Ayer mismo, Satanás,
un telégrama al Eterno
Padre le puso, que dice:
"¡Aquí, Señor, no cojemos!
"Pecadores de lujuria
"no me caben ya calderos,
"ó me agranda la cocina;
"ó manda á Miguel y Pedro
"abran un poco la mano
"y dejen correr el peso."
—¡Y qué ha contestado el Padre?
—Todavía no lo ha hecho.
La Correspondencia dice
que hoy se reunirá el consejo
y que en él ha de tratarse
este asunto del infierno.
—¡Tambien hay Correspondencia
por acá?—¡Pues ya lo creo!
Los que por allá la escriben,
conforme se van muriendo,
todos bajan con su pluma
de escritores y embusteros,
y el castigo que reciben,
después de su vapuleo,
es el de seguir su oficio
fabricando el callejero
todos los días, lo mismo;
de la prensa imparcial-eco.
—¡Y no hay más aquí que ver

que estos hornos reverberos
y estos pobres condenados?
Porque todo lo que veo
me parece algo subido,
y no causa los efectos
que demanda el gusto de hoy.
—¡Poco á poco caballero!
Dice el Diablo, ahora empezamos,
y hay que ver bastante dentro.
Los sábios que, como usted,
nada saben de lo cierto,
dudan de lo que es verdad;
y por el orgullo ciegos
negando que no comprenden...
¡Pobre sábio!... ¡Pobre necio!...

Mister bajó la cabeza,
meditó por sus adentros,
y sin replicar, siguió
asido del rabo negro.

J. MARIN BALDOS.

(Concluirá.)

MISCELÁNEA.

TEATROS.

En la noche del miércoles último dió la última función de la temporada de verano la compañía que bajo la dirección del distinguido primer actor D. Ricardo Morales, ha actuado desde el mes de Mayo en el teatro Apolo.

El yerno del Sr. Manzano y *El Conde Patricio* fueron las obras representadas. El público aplaudió en diferentes ocasiones á los artistas encargados de su interpretación.

La Empresa ha demostrado verdadero celo en corresponder al favor del público, y el Sr. Morales una actividad digna de especial mención, pues en los dos meses y medio que ha estado abierto el teatro ha ofrecido al público cinco obras nuevas, en tres ó más actos, de autores muy conocidos, una en dos y tres en uno, habiendo obtenido todas un éxito muy lisonjero.

El público ha tenido además ocasión de conocer un actriz de excelentes disposiciones, la Srta. doña Luisa Calderon.

En el teatro del Príncipe Alfonso se ha puesto últimamente en escena la zarzuela de espectáculo *Sueños de oro*, en la que han obtenido muchos aplausos la compañía del Sr. Arderius, para dar lugar á los ensayos de la nueva zarzuela cómica *El terror de los mares*, de la cual daremos cuenta en nuestro número próximo.

* * *

La función extraordinaria de teatro y concierto verificado el lunes último, atrajo gran concurrer á los amenos Jardines del Buen Retiro, prodigando grandes aplausos al baile titulado *El ramo de azucenas* y á todas las piezas ejecutadas por la orquesta dirigida por el maestro Vazquez, y las que ejecutaron dicha orquesta y la banda del primer regimiento de Ingenieros.

La deliciosa temperatura que en estos jardines se disfruta, hace que todos los días se vean favorecidos por una numerosa y distinguida concurrencia.

El jueves se estrenó una zarzuela titulada *Dudas y celos*, letra de D. Calisto Navarro y música de D. Isidoro Hernandez.

Propicia siempre la empresa de dichos Jardines en complacer al público, ha dispuesto una función extraordinaria, que tendrá lugar hoy domingo, compuesta de zarzuelas y bailes, á fin de que puedan disfrutar de las obras más aplaudidas y de aquel delicioso local las personas que no pueden asistir por la noche.

* * *

La empresa del Circo de Price no perdona sacrificio alguno para corresponder al favor del público que diariamente llena todas las localidades y aplaude á todos los artistas, pues además de los que tiene ya en su compañía ha contratado otros nuevos, de los cuales debutó el viernes la reputada familia Boorn; ya conocida del público madrileño, y que fué muy aplaudida. Para uno de estos días prepara la presentación del célebre domador Sr. Edmonds, contratado por diez funciones solamente, con sus tres elefantes, que creemos llamarán la atención por los buenos trabajos que ejecutan.

* * *

Segun se asegura en los círculos artísticos, la compañía ajustada por el Sr. Robles para nuestro teatro de la Opera, es de lo más notable que se ha conocido en el mismo.

BIBLIOGRAFIA.

Fábulas morales, divididas en tres secciones especiales para niñas, niños y jóvenes adolescentes; por D. Alfonso Enrique Ollero. Un volumen de 343 páginas en 4.º menor. Madrid, 1878.

Es un libro interesante y de mucha utilidad en las familias. Se halla de venta en las principales librerías de Madrid y provincias, y en casa del autor, Olivo, 24, principal, al precio de tres pesetas.

* * *

Problema para obtener la relacion del diámetro á la circunferencia; por D. Andrés Arpa. Una hoja. Reus, 1878.

* * *

Orlando furioso. Poema escrito en italiano por Luis Ariosto; traducido al español en octavas reales, por D. Vicente de Medina y Hernandez. Entrega 5.ª Un cuaderno de 80 páginas en folio menor. Barcelona, 1878.

Se admiten suscripciones á toda la obra en las principales librerías de España, al precio de dos pesetas cada cuaderno.

* * *

Los frutos de la tierra, por D. Luis Alvarez Alvistur. Un volumen en 8.º de 180 páginas. Madrid, 1878.

Obra importante, cuyo principal objeto es dar á conocer todos y cada uno de los frutos que el suelo nos ofrece, y sus propiedades y aplicaciones. Se vende al precio de dos pesetas.

* * *

Las penas del purgatorio, comedia en tres actos y en prosa, de los señores Fuentes y Campo-Arana. Estrenada con gran éxito en el teatro de Apolo. Un precioso tomo en 8.º prolongado, de 116 páginas en magnífico papel y esmerada impresion. Madrid, 1878. Casa editorial de Medina, Amnistía, 12.